

CLIFFORD GOLDSTEIN



LA ÚLTIMA
INVITACIÓN

UN MENSAJE DE
ESPERANZA

CLIFFORD GOLDSTEIN



LA ÚLTIMA INVITACIÓN

UN MENSAJE DE
ESPERANZA



Asociación
Casa Editora
Sudamericana

Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG
Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

La última invitación
Clifford Goldstein

Título original: *O último convite*

Dirección: Walter Steger
Traducción: Claudia Blath
Diseño de tapa: CPB
Diseño del interior: CPB / Carlos Schefer
Ilustración de tapa: CPB

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Printed in Argentina

Primera edición
MMXXI

Es propiedad. © 2021 División Sudamericana de los Adventistas del séptimo Día.
© 2021 ACES.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Goldstein, Clifford
La última invitación / Clifford Goldstein / Dirigido por Walter Steger. - 1ª
ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2021.
80 p. : 19 x 13 cm.
I. Vida cristiana. I. Steger E. Walter., dir. II. Blath Claudia, trad. III. Título.

Se terminó de imprimir el 13 de julio de 2021 en talleres propios (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total* o *parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

-112719-

A menos que se especifique de otro modo, las citas bíblicas se han tomado de la *Nueva Traducción Viviente* (NTV). Otras versiones utilizadas son:

DHH	<i>Dios habla hoy</i>
NVI	<i>Nueva Versión Internacional</i>
RVC	Reina-Valera Contemporánea
BLPH	<i>La Palabra</i> (versión hispanoamericana)
NBLA	<i>Nueva Biblia de las Américas</i>
RVR-60	Reina-Valera 1960
PDT	<i>Palabra de Dios para todos</i>
RVR-95	Reina-Valera 1995

TABLA DE CONTENIDO

- Introducción ♦ **4**
- 1. Poderes y autoridades ♦ **8**
- 2. El riesgo del amor ♦ **12**
- 3. Los mensajes ♦ **17**
- 4. Ángeles sin alas ♦ **23**
- 5. Desde siempre ♦ **26**
- 6. Un llamado para todos ♦ **31**
- 7. Esperanza de justicia ♦ **36**
- 8. La hora del Juicio ♦ **42**
- 9. Aplausos al Autor ♦ **50**
- 10. A la sombra de la imagen ♦ **54**
- 11. El fin de Babel ♦ **59**
- 12. La última invitación ♦ **66**
- 13. Cambios repentinos ♦ **72**
- Conclusión ♦ **77**

INTRODUCCIÓN

Durante años, Hollywood ha lanzado una película tras otra sobre el fin del mundo, o al menos el fin del mundo tal como mucha gente se lo imagina. *Armagedón* (1998), *Tierra de zombies* (2009), *Mad Max: Furia en el camino* (2015), *Este es el fin* (2013), *El día del fin del mundo* (2020), solo por mencionar algunas, retratan un futuro muy sombrío para todos nosotros. De repente, con la COVID-19 (incluidas las variantes), el retrato creado por la ciencia ficción de Hollywood parece demasiado cercano a la realidad, lo que nos genera un gran malestar.

Incluso si ignoramos la ciencia ficción, la ciencia presenta un futuro que también es bastante lúgubre, por no decir algo peor. Los científicos afirman que, tarde o temprano, el Universo, no solo la Tierra, sino el Universo, llegará a su fin. ¿Como? Dependiendo de los cálculos realizados por los científicos en sus estudios cosmológicos, algunos postulan que el Universo podría fragmentarse (el *Big Rip*, o Gran Desgarro). Otros, usando diferentes cálculos, predicen que podría colapsar (el *Big Crunch*, o la Gran Implosión). La hipótesis más popular es que podría congelarse (el *Big Freeze*, o Muerte Térmica). Paul Davies escribió: “El Universo, que actualmente resplandece con la prolífica energía del poder nuclear, finalmente agotará este valioso recurso. La era de la luz terminará para siempre”.¹ Es algo así: Las estrellas serían como grandes hogueras que calientan el Universo, pero están desperdiciando su energía; y como la energía no dura para siempre, un día se apagarán, si nadie las “recarga”.

Desgarro, implosión y congelación: a la larga, las cosas no parecen muy esperanzadoras para este mundo, ¿verdad?

NUEVA PERSPECTIVA

Es interesante señalar que la Biblia también retrata el fin de este mundo, pero de una manera muy diferente de Hollywood o la ciencia. Menciono algunos textos bíblicos sobre la perspectiva

¹ Paul Davies, *The Last Three Minutes* (New York: BasicBooks, 1994), pp. 49, 50.

a largo plazo de nuestro mundo: “¡Miren! Estoy creando cielos nuevos y una tierra nueva, y nadie volverá siquiera a pensar en los anteriores” (Isaías 65:17). “Pero nosotros esperamos con entusiasmo los cielos nuevos y la tierra nueva que él prometió, un mundo lleno de la justicia de Dios” (2 S. Pedro 3:13). “Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, y también el mar. Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de la presencia de Dios. Estaba arreglada como una novia vestida para su prometido” (Apocalipsis 21:1, 2, DHH). O este, uno de los más esperanzadores: “Él les secará toda lágrima de los ojos, y no habrá más muerte ni tristeza ni llanto ni dolor. Todas esas cosas ya no existirán más” (Apocalipsis 21:4).

No se parece mucho a la Muerte Térmica ni a la Gran Implosión, ¿verdad? Tampoco al futuro representado en *Tierra de zombies*.

Sí, la ciencia y la revelación bíblica están de acuerdo: nuestro mundo no permanecerá en esta condición para siempre. Todo va a cambiar. Pero ¿qué pasará con nosotros y nuestros seres queridos? El fin del mundo ¿es el fin definitivo de todos nosotros también? El Gran Desgarro, la Muerte Térmica: ninguna de estas opciones nos ofrece una esperanza a largo plazo, ¿verdad?

Como puedes ver, no nos ofrecen nada más que la perspectiva de que nosotros y nuestros seres queridos y, de hecho, cualquier persona que haya vivido o vivirá alguna vez, desaparecerá en el olvido eterno. La conclusión más obvia es que nuestra vida no tiene sentido y que no tenemos más importancia que una nube de polvo cósmico. Miguel de Unamuno lo expresa así: “¿He de volver a hablaros de la suprema vaciedad de la cultura, de la ciencia, del arte, del bien, de la verdad, de la belleza, de la justicia [...] de todas estas hermosas concepciones, si al fin y al cabo dentro de cuatro días o dentro de cuatro millones de siglos no ha de existir conciencia humana que reciba la cultura, la ciencia, el arte, el bien, la verdad, la belleza, la justicia, y todo lo demás así?”²

2 Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (Madrid: Tecnos, 2005), cap. 5.

En contraste, la Biblia promete un futuro radicalmente diferente para el mundo y, lo más importante, para nosotros: un cielo nuevo y una Tierra nueva. Sin embargo, esta promesa lleva a una pregunta lógica: ¿Qué sucederá con los cielos y la Tierra viejos? ¿Qué pasará con ellos y con nosotros? La respuesta está llena de promesas y esperanzas. El cielo viejo y la Tierra vieja serán renovados, transformados en un cielo nuevo y una Tierra nueva, que será habitada por personas por toda la eternidad, en una existencia sin maldad, sufrimiento, enfermedad y muerte. Es un concepto difícil de imaginar.

Sin embargo, la Biblia afirma que, antes de que todo eso suceda, se desatará una terrible crisis sobre el mundo, una crisis que hará que algunas de estas películas apocalípticas de Hollywood parezcan un juego de niños. Daniel, profeta del Antiguo Testamento, advirtió: “Entonces habrá un tiempo de angustia, como no lo hubo desde que existen las naciones” (Daniel 12:1).

Desde el brote de COVID-19, ¿alguien duda de que el mundo entero pueda enfrentarse repentinamente a una crisis? ¿Quién no tiene la sensación de que esta pandemia podría ser el comienzo de muchos males y que algo peor podría acecharnos?

Según las Escrituras, ciertamente habrá algo peor. Sin embargo, la buena noticia es que Dios “amó tanto al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (S. Juan 3:16). Ese mismo Dios no nos ha dejado sin esperanza, sin advertencia, sin un medio de escape de la desesperación y la destrucción que estas pruebas finales traerán sobre tantos.

Desde el comienzo hasta el final de la Biblia, los profetas, aunque enfrentaron todo lo que este mundo decadente puede hacernos sufrir, como enfermedad, depresión, guerra, desastres naturales, encarcelamiento, exilio, tortura y muerte, escribieron una y otra vez acerca del amor y la bondad de Dios.

Isaías, hace dos mil quinientos años, escribió: “ ‘Pues las montañas podrán moverse y las colinas desaparecer, pero aun así mi fiel amor por ti permanecerá; mi pacto de bendición nunca será

roto', dice el Señor, que tiene misericordia de ti" (Isaías 54:10). El salmista, hace casi tres mil años, pudo cantar: "Den gracias al Dios del cielo. Su fiel amor perdura para siempre" (Salmo 136:26). El apóstol Pablo, que estuvo en prisión, sufrió dolencias físicas, odio, violencia popular, pobreza, hambre y frío, pudo escribir, en un mundo casi dos mil años anterior al de los analgésicos, que "Dios mostró el gran amor que nos tiene al enviar a Cristo a morir por nosotros cuando todavía éramos pecadores" (Romanos 5:8).

En otras palabras, aunque algunas personas tratan de usar la maldad de este mundo como excusa para negar la existencia de Dios, o al menos la existencia de un Dios de amor, los autores de la Biblia no lo hicieron, ni pudieron hacerlo, porque ellos conocían al Señor y conocían su amor de primera mano. Y podemos ver una manifestación de este amor cuando Dios le advierte a su pueblo lo que sucederá en el futuro, con el fin de que todos puedan prepararse. Quiere darte la oportunidad de prepararte para lo que está por venir.

Esta advertencia se puede encontrar en Apocalipsis, el último libro de la Biblia, en lo que se conoce como los mensajes de los tres ángeles de Apocalipsis 14. ¿Quiénes son estos ángeles? ¿Cuáles son estos mensajes? ¿Qué advertencias le dan a un mundo en crisis? Y, lo más importante, ¿qué esperanza nos ofrecen a largo plazo, en un futuro distante?

1

PODERES Y AUTORIDADES

¿Quién no se ha asombrado al contemplar, en una noche sin nubes (lejos de las luces de la ciudad), las estrellas que resplandecen con fuerza frente al cosmos, especialmente por su incalculable número? Sin embargo, incluso en el cielo nocturno más despejado, cuando podemos ver más estrellas de las que podríamos contar antes de que el sol de la mañana las haga desaparecer, ¿qué vemos en contraste con lo que realmente existe en el espacio? ¡Menos que una gota de agua en un océano!

Se estima que puede haber hasta dos billones de galaxias en toda la Creación. ¡Billones! Y se calcula que cada galaxia tiene un promedio de cien mil millones de estrellas. ¡Cien mil millones multiplicados por dos billones suman muchas estrellas! Es decir, hay más estrellas que todos los granos de arena en las playas de todo el mundo.

Durante las últimas décadas, los astrónomos han descubierto lo que llaman exoplanetas. Son planetas que orbitan alrededor de sus estrellas, tal como lo hacen los planetas del Sistema Solar alrededor del Sol, nuestra estrella. Según la NASA, se han descubierto unos cuatro mil exoplanetas.¹ Si el número de exoplanetas está cerca del número de estrellas, o incluso de galaxias (es decir, si solo hay un exoplaneta por *galaxia*), el Universo tiene más planetas de los que podemos imaginar.

¹ <https://exoplanets.nasa.gov/faq/6/how-many-exoplanets-are-there/>

¿Qué significa eso? Que la probabilidad de estar solos en el Universo es muy pequeña y que puede haber otras formas de vida en la inimaginable inmensidad cósmica. Incluso existe una organización, inicialmente creada por la NASA, llamada SETI (Search for Extraterrestrial Intelligence [Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre]), dedicada a descubrir vida en otras partes de la Creación, además de la Tierra.

La ironía es que, mientras los diligentes trabajadores de SETI buscan en el cielo con su sofisticado equipo, esperando recibir un *tweet* cósmico o cualquier otra forma de comunicación de alguna parte del Universo, la Biblia, escrita hace miles de años, no solo habla de la existencia de vida “extraterrestre”, sino también brinda algunas percepciones sobre el carácter moral de estos seres; al menos, de algunos de ellos. En otras palabras, el Texto Sagrado nos revela lo que también nos dice el sentido común: no estamos solos en este vasto Universo.

Aquí hay algunas citas bíblicas sobre la vida en otras partes de la Creación:

“El fin de todo esto es que la sabiduría de Dios, en toda su diversidad, se dé a conocer ahora, por medio de la iglesia, a los poderes y autoridades en las regiones celestiales” (Efesios 3:10, NVI). Poderes y autoridades... ¿de dónde? De las regiones celestiales; es decir, en otra parte de la Creación que no sea la Tierra. Es aún más fascinante ver que, según este texto, estos poderes y estas autoridades son informados por Dios sobre lo que sucede aquí en la Tierra con su iglesia.

“Porque no estamos luchando contra enemigos de carne y hueso, sino contra las potencias invisibles que dominan en este mundo de tinieblas, contra las fuerzas espirituales del mal, habitantes de un mundo supraterrero” (Efesios 6:12, BLPH). ¡Guau! Esta es

Hay más estrellas
que granos de arena
en todas las playas
del mundo. Millones
o miles de millones
de exoplanetas.
¿Estaremos solos en
el Universo?

una información que SETI, hasta ahora, no ha estado ni cerca de descubrir. El texto habla de que “estamos luchando”. ¿Contra quiénes? Contra las fuerzas espirituales del mal en los cielos. Las implicaciones de este versículo, junto con los demás que mencionamos, son asombrosas. No solo existe otra vida en el Universo, sino además parte de esa vida es maligna. Y ese mal está obrando contra nosotros en la Tierra.

Otro texto bíblico: “Porque, por medio de él [de Jesús], Dios creó todo lo que existe en los lugares celestiales y en la tierra. Hizo las cosas que podemos ver y las que no podemos ver, tales como tronos, reinos, gobernantes y autoridades del mundo invisible. Todo fue creado por medio de él y para él” (Colosenses 1:16). Aquí la Biblia habla de Jesús como el Creador de todas las cosas (ver S. Juan 1:1-3), tanto en los cielos como en la Tierra, las visibles y las invisibles.

Algunos extractos del libro de Apocalipsis destacan aún más esta idea: “Entonces hubo guerra en el cielo. Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón y sus ángeles. El dragón perdió la batalla y él y sus ángeles fueron expulsados del cielo. Este gran dragón –la serpiente antigua llamada diablo o Satanás, el que engaña al mundo entero– fue lanzado a la tierra junto con todos sus ángeles. [...] Por lo tanto, ¡alégrense, oh cielos! ¡Y alégrense, ustedes, los que viven en los cielos! Pero el terror vendrá sobre la tierra y el mar, pues el diablo ha descendido a ustedes con gran furia, porque sabe que le queda poco tiempo” (Apocalipsis 12:7-12).

¿Qué dice la Biblia? Primero, no estamos solos en el Cosmos. Hay otras formas de vida inteligente. Una vez más, dado el tamaño del Universo y todas las estrellas que contiene, esto no debería sorprendernos. Sería sorprendente que no existieran otras formas de vida. En segundo lugar, algunas de estas formas de vida son hostiles, son malvadas y trajeron maldad a esta Tierra. Si “hubo guerra en el cielo” y algunos combatientes están aquí, ¿debería sorprendernos que también haya tanto conflicto aquí en la Tierra? Lo que revelan estos versículos y otros similares es lo que se ha llamado un “Conflicto Cósmico”, un enfrentamiento entre el bien

y el mal que, aunque comenzó en otra parte de la Creación, ha tenido lugar aquí en la Tierra.

Muchas personas, religiosas o no, incluso sin conocer los detalles ni los orígenes, pueden identificar y percibir el enfrentamiento entre el bien y el mal que hay en nuestro mundo. El poeta T. S. Eliot escribió:

El mundo gira y el mundo cambia,
 pero hay algo que no cambia.
 En toda mi vida hay algo que no cambia.
 Por mucho que lo disfraces, esto no cambia:
 La perpetua lucha entre el Bien y el Mal.²

Incluso un ateo de línea dura como el alemán Friedrich Nietzsche escribió: “Concluycamos. Los dos valores contrapuestos ‘bueno y malo’, ‘bueno y malvado’, han sostenido en la Tierra una lucha terrible, que ha durado milenios; y aunque es muy cierto que el segundo valor hace mucho tiempo que ha prevalecido, no faltan, sin embargo, tampoco ahora lugares en los que se continúa librando esa lucha, no decidida aún”.³ El teólogo Michael Brown denominó “Conflicto Cósmico” a esta lucha entre el bien y el mal.⁴

Si Dios lo sabe todo, y está lleno de amor y poder, ¿por qué, entonces, hay tanta maldad en el mundo? Como veremos, los mensajes de los tres ángeles son fundamentales para responder esta pregunta.



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacionl>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

2 T. S. Eliot, “La roca”, en *Cuatro cuartetos* (Barcelona: Lumen, 2016), p. 79.

3 Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral* (Madrid: Alianza, 2005), p. 58.

4 Michael Brown, *Job: The Faith to Challenge God* (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 2019), p. 30.

2

EL RIESGO DEL AMOR

La mayoría de las personas ama a los perros. Después de todo, son amables, cariñosos y fieles. ¡Por supuesto que los perros también dan trabajo! Pueden morder, ensuciar las alfombras, dañar los muebles, perder pelo, además del gasto de mantenerlos alimentados y saludables. Todos los dueños de perros, incluso los más apasionados, han tenido momentos en los que pensaron: “¿Vale la pena todo este trabajo?”

Sin embargo, imagina que podrías tener un perro que nunca ensucie las alfombras de la casa, nunca se enferme y no tengas que gastar un centavo para mantenerlo saludable. ¿Quién no aprovecharía la oportunidad de tener un perro así? De hecho, ¡puedes! ¿Qué hay del AIBO de Sony, por ejemplo? ¿Qué es AIBO? Significa “compañero” en japonés y, según Sony, el AIBO “es un verdadero compañero con emociones e instintos reales. Con la atención amorosa de su dueño, con el tiempo se convertirá en un amigo más maduro y divertido”. ¿De qué está hablando Sony? De un perro robot. ¿Un robot?

“AIBO tiene emociones e instintos reales programados en el cerebro –afirman sus desarrolladores–. Actúa para satisfacer los deseos creados por sus instintos. Cuando está satisfecho, aumenta su nivel de alegría. Cuando no, está triste o enojado. Como cualquier ser vivo, AIBO aprende a conseguir lo que quiere. A veces mueve las piernas vigorosamente o muestra signos de enojo cuando no recibe el tipo de atención que se le pide. La forma en

que el dueño reacciona a las expresiones emocionales de este perro electrónico influye en gran medida en su personalidad y su crecimiento. Aunque el AIBO está fabricado en plástico y funciona con batería, tiene un sistema nervioso de circuitos integrados que lo convierten en un compañero plenamente consciente, sensible, cariñoso y comunicativo”.¹

¿Emociones? ¿Instintos? ¿Deseos? ¡Los robots no tienen más emociones, instintos y deseos que el fregadero de tu cocina! Afirmar que AIBO es “un compañero plenamente consciente, sensible, cariñoso y comunicativo” equivale a atribuir rasgos de vida inteligente a un montón de plástico y metal. Apenas podemos entender cómo los tejidos vivos y las células cerebrales son capaces de albergar (crear, mantener, rescatar) emociones y deseos, y ¿debemos creer ahora que alguien ha logrado fabricar un perro electrónico que manifiesta amor, alegría y felicidad? La idea es completamente ridícula. Pensar que el movimiento computarizado de la cola del robot es una expresión de felicidad sería como atribuir moralidad a los códigos de una aplicación que bloquea el acceso de sus hijos a determinados sitios web.

Si la idea de un perro electrónico que demuestra “afecto” y “amor” te molesta, y no quieres que AIBO reemplace a tu mascota de carne y hueso, entonces comprendes la esencia del Conflicto Cósmico. En lugar de crear seres (ya sea en el cielo, como los ángeles, o en la Tierra, como los seres humanos) que funcionan como robots, Dios los creó con la capacidad de amar. En lugar de robots, nos hizo seres morales con la capacidad de amarlo a él y a los demás. Esta capacidad incluye la libertad inherente al tipo de amor que solo un ser libre puede extender. El amor forzado no es amor. Como Dios quería seres capaces de amar, necesitaba crearlos libres. Libres de verdad.

**El amor requiere
libertad, y eso
significa poder elegir
el camino equivocado.**

¹ http://www.robotbooks.com/sony_aibo.htm

CUÁNDO COMENZÓ TODO

Sin embargo, la verdadera libertad conlleva riesgos. Por ejemplo, la Biblia habla del abuso de la libertad por parte de un ángel llamado Lucifer. Dice: “Fuiste elegido querubín protector, porque yo así lo dispuse. Estabas en el santo monte de Dios, y caminabas sobre piedras de fuego. Desde el día en que fuiste creado tu conducta fue irreprochable, hasta que la maldad halló cabida en ti” (Ezequiel 28:14, 15, NVI).

Lucifer era un ser celestial, un ángel creado por Dios. Y ¿cómo lo creó Dios? “Desde el día en que fuiste creado tu conducta fue irreprochable”. ¿Irreprochable? Pero ¿qué pasó con este ser perfecto? “Hasta que la maldad halló cabida en ti”. ¿Maldad encontrada en un ser creado “irreprochable” por Dios? ¿Cómo pudo suceder esto? Porque esa perfección incluía la libertad, la libertad moral, que Lucifer violó.

Aquí se aplica el mismo principio. Génesis 1 y 2 revelan que Dios creó la vida en la Tierra, que incluyó a Adán y a Eva, ambos creados a la imagen de Dios. “Así que Dios creó a los seres humanos a su propia imagen. A imagen de Dios los creó; hombre y mujer los creó” (Génesis 1:27). Y, cuando la Creación hubo culminado, Dios mismo la declaró “muy buena” (versículo 31).

Entonces, tenemos seres perfectos creados por un Dios perfecto en una Tierra perfecta. Sin embargo, ¿qué sucedió? Génesis 3 revela que, por medio del engaño de la “serpiente” (versículos 1-6), estos seres perfectos cayeron en pecado. El pecado es más que un error, un acto; es un estado de alejamiento de Dios. ¿Cómo pudo pasar? Sucedió porque su perfección incluía la capacidad de amar. Como hemos visto, el amor requiere libertad, y eso significa poder elegir el camino equivocado.

Con eso en mente, lee el siguiente texto bíblico: “Entonces hubo guerra en el cielo. Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón y sus ángeles. El dragón perdió la batalla y él y sus ángeles fueron expulsados del cielo. Este gran dragón –la serpiente antigua llamada diablo o Satanás, el que engaña al mundo entero– fue lanzado a la tierra junto con todos sus ángeles” (Apocalipsis 12:7-9).

Maldad, rebelión, guerra: todo comenzó en el cielo, en el cielo perfecto de Dios, con la caída de Lucifer. Entonces Lucifer, ahora llamado diablo y Satanás, vino a la Tierra para traer su rebelión bajo la apariencia de la serpiente antigua (ver Génesis 3:1-6). En resumen, aunque el Conflicto Cósmico comenzó en otra parte del Universo, se ha trasladado a la Tierra.

Sin embargo, ¿no pudo Dios haber evitado que todo esto sucediera desde el principio? Pudo haber creado seres humanos sin la capacidad de amar. Podría haber creado una raza de robots que, en cualquier cosa que hicieran, no querrían ni podrían amar. Pero Dios quería una relación basada en el amor, y si nos hubiera robotizado, eso no sería posible. No podríamos amarlo, así como un refrigerador es incapaz de amar a su dueño.

Quizá podría haber eliminado a Lucifer en el instante en que este comenzó su rebelión. Sin embargo, esta opción tampoco funcionaría. Supongamos que fueras un líder amoroso y afectuoso de un pueblo. Entonces, por alguna razón injusta y fraudulenta, alguien inició una rebelión, acusándote de ser despiadado, egoísta, arbitrario y dictatorial. En respuesta, incluso antes de un juicio, antes de dejar que argumenten su caso ante ti y los demás, simplemente lo alineas contra una pared y lo fusilas. Es posible que hayas sofocado la rebelión, sí. Pero ¿qué hay de los cargos que se te imputan? Tus acciones habrían probado sus mismas acusaciones: que de verdad eres despiadado, egoísta, arbitrario y dictatorial. Si fueras un líder despiadado que gobierna mediante el miedo y amenazas, simplemente los asustarías para que obedecieran.

Pero, las Escrituras enseñan que el Señor es un Dios de amor. Actúa por amor, no infundiendo miedo. “Nosotros sabemos cuánto nos ama Dios y hemos puesto nuestra confianza en su amor. Dios es amor, y todos los que viven en amor viven en Dios y Dios vive en ellos” (1 S. Juan 4:16). Cuando se le preguntó a Jesús cuál era el mandamiento más importante, respondió: “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas” (S. Marcos 12:30). Dios puede mandar

que lo amemos; pero no puede obligarnos a hacerlo. Para amarlo, tenemos que hacerlo libremente.

Entonces, ¿cómo podría un Dios de amor resolver este gran conflicto sin violar el principio del amor? Imagínate un líder acusado por los rebeldes de ser mezquino, egoísta, arbitrario y dictatorial. Supongamos que este líder, todavía en la posición de liderazgo, descendiera al nivel de su pueblo, viviera entre sus súbditos, sufriera entre ellos e incluso sacrificara su vida por ellos, demostrando que las acusaciones que se le hicieron eran lo opuesto a lo que realmente es. Por cierto, ¿y si los que le imputaron los cargos fueran los mismos que lo mataron, demostrando que, de hecho, ellos eran los culpables de lo que acusaron a su líder?

Aunque esto es solo una analogía, de una manera muy general esto es lo que le sucedió a Jesús de Nazaret, el Cristo, en la Cruz. Allí, el Dios encarnado respondió a las acusaciones de Satanás. Cristo asumió la humanidad y, mediante esa humanidad, reveló a los ángeles y al mundo quién es realmente Dios. Mientras el Conflicto Cósmico aún continúa, la caída de Satanás es segura. “Por lo tanto, ¡alégrense, oh cielos! ¡Y alégrense, ustedes, los que viven en los cielos! Pero el terror vendrá sobre la tierra y el mar, pues el diablo ha descendido a ustedes con gran furia, porque sabe que le queda poco tiempo” (Apocalipsis 12:12).

La revelación del carácter de Dios, el carácter abnegado y de renuncia propia que Dios demostró en la Cruz, es la base de los mensajes de los tres ángeles: mensajes de esperanza, promesa y vida eterna, anunciados a un mundo que se encamina hacia la desintegración. La promesa está hecha para cada uno de nosotros. Entonces, podemos optar por tomar posesión de lo que se ha ofrecido tan generosamente en Jesús.



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacion2>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

3

LOS MENSAJES

Hasta ahora hemos hablado de tres mensajes para el mundo. ¿Qué son? Vayamos al texto:

“Luego vi otro ángel, el cual volaba en medio del cielo. Tenía el evangelio eterno, para predicarlo a los habitantes de la tierra, es decir, a toda nación, raza, lengua y pueblo. Ese ángel decía con fuerte voz: ‘Teman a Dios, y denle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Adoren al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de agua’. A ese ángel lo siguió otro, que decía: ‘Ya cayó Babilonia! ¡Ya cayó esa gran ciudad! Cayó porque embriagó a todas las naciones con el ardiente vino de su inmoralidad sexual’. A los dos ángeles lo siguió un tercero, que a grandes voces decía: ‘El que adore a la bestia y a su imagen, y acepte llevar su marca en la frente o en la mano, también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en la copa de su ira, y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero. El humo de su tormento subirá por los siglos de los siglos, pues ni de día ni de noche tendrán reposo los que adoren a la bestia y a su imagen, ni nadie que acepte llevar la marca de su nombre’. Aquí se verá la paciencia de los santos, de los que obedecen los mandamientos de Dios y mantienen la fe en Jesús” (Apocalipsis 14:6-12, RVC).

Los mensajes fueron escritos en el libro de Apocalipsis, el último libro de la Biblia. Esto tiene sentido, ya que el libro trata sobre los eventos de los últimos días. El término teológico es “escatología”,

el estudio de los eventos finales. Así como Génesis (el primer libro de la Biblia) aborda la creación del mundo y los primeros eventos relacionados con él, Apocalipsis trata de los últimos eventos en la Tierra, que conducirán al fin de este mundo y a la creación de un “cielo nuevo y una tierra nueva” (Apocalipsis 21:1).

Apocalipsis significa “revelación”, un término que aparece en la primera frase del libro: “Esta es una revelación de Jesucristo, la cual Dios le dio para mostrar a sus siervos los acontecimientos que deben suceder pronto” (Apocalipsis 1:1). En griego (idioma en que se escribió el Nuevo Testamento), “revelación” es *apokalypsis*, y significa “descubrir” o “revelar”. Es la “revelación de Jesucristo”. Es decir, el libro es de Jesús y nos enseña acerca de él, acerca de quién es él: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin” (Apocalipsis 1:8), el Dios eterno. Representa al “Cordero que fue sacrificado antes de la creación del mundo” (Apocalipsis 13:8), el Salvador crucificado, quien murió en la Cruz, inmolado por los pecados del mundo.

Para entender el libro de Apocalipsis, especialmente los mensajes de los tres ángeles, debemos entender que este libro, como muchos otros en el Nuevo Testamento, cita y alude constantemente a palabras, ideas y personajes del Antiguo Testamento. De hecho, más de la mitad de todos los versículos que se encuentran en el libro de Apocalipsis tienen alguna conexión con el Antiguo Testamento. Muchas de sus palabras y expresiones, como “Babilonia”, “la bestia”, “los mandamientos de Dios”, “el vino de la ira”, “por los siglos de los siglos”, solo pueden entenderse correctamente dentro del contexto en el que se usaron en el Antiguo Testamento. Por lo tanto, el Antiguo Testamento es la clave para descubrir importantes verdades registradas en el último libro de la Biblia, con su mensaje para quienes viven en estos difíciles días de la historia de la Tierra.

PERSECUCIÓN MILENARIA

El Apocalipsis fue escrito cuando Juan estaba exiliado en la isla de Patmos, frente a la costa de la actual Turquía. Cubre toda

la historia cristiana. Los 22 capítulos tratan de hechos que tuvieron lugar desde la época de Jesús hasta el fin de nuestro mundo y la creación del nuevo. Los mensajes de los tres ángeles aparecen en el capítulo 14. Para entender mejor los mensajes, es necesario comprender un poco el contexto en el que aparecen. Un breve resumen de los dos capítulos anteriores, 12 y 13, nos ayudará a asimilar esta imagen.

Ya hemos visto que Apocalipsis 12 describe una guerra en el cielo (versículo 7) y la expulsión de Satanás y sus ángeles, que fueron arrojados del cielo a la Tierra. En otras palabras, el escenario del Conflicto Cósmico es fundamental para todo y aparece a lo largo del capítulo. Como hemos visto, el Conflicto comenzó en el cielo y luego descendió a la Tierra. Entonces el dragón (Satanás) trató de devorar al Hijo (Jesús) “en cuanto naciera” (versículo 4). Esto sucedió en el momento en que Satanás, usando al rey Herodes, trató de matar al niño Jesús, pero José y María huyeron a Egipto (S. Mateo 2:13).

Sin embargo, así como Satanás y sus ángeles fallaron en su guerra en el cielo, y finalmente fueron expulsados, también fracasaron en su intento de destruir al niño Jesús. Más tarde, Cristo, aquí en la Tierra, derrotó a Satanás en la Cruz. De esa manera, “desarmó a los gobernantes y a las autoridades espirituales. Los avergonzó públicamente con su victoria sobre ellos en la cruz” (Colosenses 2:15). De hecho, Jesús resucitó de la muerte, porque solo “mediante la muerte podía quebrantar el poder del diablo, quien tenía el poder sobre la muerte” (Hebreos 2:14). ¡Apocalipsis 12 describe la victoria final de Cristo!

Aunque ha sido derrotado en el cielo y en la Cruz, Satanás no ha dejado de atacar al pueblo de Dios. En toda la Biblia, la iglesia de Dios está simbolizada por una mujer, o incluso una novia pura (2 Corintios 11:2; Jeremías 2:2). Después de la Cruz, en Apocalipsis 12 se describe que Satanás persigue a la iglesia de Dios, simbolizada por una mujer: “Cuando el dragón se dio cuenta de que había sido lanzado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón; pero a ella se le dieron dos alas como las de una gran águila

para que pudiera volar al lugar que se había preparado para ella en el desierto. Allí sería cuidada y protegida lejos del dragón durante un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo” (Apocalipsis 12:13, 14).

Una vez más, nos encontramos aquí con símbolos, de la clase que se encuentran a lo largo del Apocalipsis. Satanás trata de destruir a la mujer, la iglesia de Dios, pero falla. Por ejemplo, la huida de la mujer al “desierto” nos recuerda al antiguo Israel, que vivía en el desierto y estaba protegido por Dios de los enemigos y la destrucción (ver Salmos 78:52).

Históricamente, después de que Jesús ascendió al cielo, la iglesia cristiana enfrentó la persecución de Roma. ¿Quién nunca ha escuchado las historias de cristianos arrojados a los leones como comida o quemados como antorchas vivientes en el Coliseo Romano? Un historiador del siglo I describió la persecución de los cristianos en Roma: “Cubiertos con pieles de bestias, fueron desgarrados por perros y perecieron, o fueron clavados en cruces, o fueron condenados a las llamas y quemados, para servir como iluminación nocturna, cuando

La historia revela que, incluso después de que el Imperio Romano fuera “cristianizado”, la persecución continuó.

la luz del día había desaparecido”.¹

Desgraciadamente, la historia revela que, incluso después de que el Imperio Romano fuera “cristianizado”, la persecución continuó. Roma insistió en perseguir a quienes no siguieran sus reglas y tradiciones. Esto continuó en diversos grados durante más de mil años, y se volvió particularmente atroz durante el período de la Reforma. No terminó hasta que las fuerzas no religiosas comenzaron a dominar Europa, lo que culminó con el arresto del Papa en 1798, por el general francés Berthier. Apocalipsis 12, usando símbolos amplios, describió esta historia: este intento de Satanás de destruir a la iglesia de Dios.

¹ Livius.org, “Tacitus on the Christians”, disponible en <https://www.livius.org/sources/content/tacitus/tacitus-on-the-christians/>, consultado el 5 de mayo de 2021.

Hoy estamos en la siguiente página del Conflicto Cósmico: “Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:17, RVR-60). Es decir, incluso después de siglos de persecución, Dios sigue teniendo un pueblo fiel, que es el blanco de la ira de Satanás. Estas personas son retratadas como los que “guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo”.

EL FUTURO

Apocalipsis 13 da continuidad al tema del Conflicto Cósmico. Incluso sin comprender el significado preciso de los símbolos, es posible ver al dragón (Apocalipsis 13:2, 4, 11), Satanás, tratando de causar estragos en la Tierra. Los primeros versículos, usando imágenes tomadas de Daniel 7, relatan la historia de la persecución de la iglesia durante la Edad Media. Incluso derrotado y destinado a la destrucción, el enemigo realiza sus últimos ataques contra el pueblo de Dios.

Así como la iglesia apostólica ha sido perseguida a lo largo de los siglos, Apocalipsis 13 habla de otra persecución, una persecución futura a escala mundial. Si nos ha enseñado algo la pandemia de COVID-19, es la rapidez con la que el mundo entero puede colapsar; cómo el mundo puede cambiar repentinamente, de la manera más dramática e inesperada. Y este cambio no fue necesariamente para mejor. Apocalipsis 13 describe ampliamente lo que está por venir: el establecimiento de una potencia mundial, seguido de una persecución mundial: “Y adoraron a la bestia todos los que pertenecen a este mundo [...]. Además, exigió que a todos –pequeños y grandes; ricos y pobres; libres y esclavos– se les pusiera una marca en la mano derecha o en la frente. Y nadie podía comprar ni vender nada sin tener esa marca, que era el nombre de la bestia o bien el número que representa su nombre” (Apocalipsis 13:8, 15-17).

Según lo que ya hemos presentado, esta persecución será mundial. Esto tiene sentido ya que, como vimos en Apocalipsis 12,

cuando Satanás fue arrojado a la Tierra, sus intentos de engaño fueron universales, porque él es “el que engaña *al mundo entero*” (versículo 9, énfasis añadido). Dado lo que vimos en la Pandemia, la rapidez con la que cambió el mundo, no se puede negar que las cosas que se describen aquí sean plausibles.

Un tema central aparece en Apocalipsis 13: la adoración. Cinco veces (Apocalipsis 13: 4 [dos], 8, 12, 15), la adoración se presenta como un factor importante detrás de la agitación y el conflicto que se describen en los últimos días. Según estos versículos, Satanás, el dragón, tratará de forzar al mundo a un cierto tipo de adoración, porque desde el comienzo de la rebelión ha tratado de usurpar la autoridad y el lugar de Dios mismo. “Subiré al cielo, por encima de las estrellas de Dios levantaré mi trono [...]. Subiré sobre las alturas de las nubes, me haré semejante al Altísimo’ ” (Isaías 14:13, 14). El tema de la adoración y a quién adora la gente es de crucial importancia para comprender los mensajes de los tres ángeles.

En contraste con Dios –quien acepta la adoración y la obediencia solo por amor y libertad–, las fuerzas del mal recurren a la violencia y la presión económica para forzar la adoración. El texto dice que matarán a todos los que no adoren la imagen de la bestia (Apocalipsis 13:15) y que nadie podrá “comprar ni vender nada” (versículo 17), a menos que obedezcan.

En resumen, Apocalipsis 12 y 13 proporcionan el contexto para los mensajes de los tres ángeles. Lamentablemente, la perspectiva de una persecución religiosa en todo el mundo no es agradable ni esperanzadora. Sin embargo, la gran noticia que recibimos de los mensajes de los tres ángeles es que revelan dónde está nuestra esperanza, y eso nos consuela.



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacion3>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

4

ÁNGELES SIN ALAS

La vida es comunicación. Las células se intercomunican mediante señales químicas y eléctricas. Las plantas “hablan” entre sí por medio de sustancias químicas que exhalan en el aire. Los animales también se comunican entre sí. Los seres humanos necesitamos hablar, escuchar y conversar. En la era de la tecnología de los teléfonos inteligentes, quizá más que nunca nuestra vida diaria depende de la comunicación. Vivimos en la era conocida como la “era de la información”. Pero ¿de qué sirve la información si no es comunicada? Y ¿cómo encontrar la información correcta en medio de tantas mentiras y noticias falsas?

Ante toda esta desinformación, el libro de Apocalipsis nos dice desde el principio: “Dichoso el que lee y dichosos los que escuchan las palabras de este mensaje profético y hacen caso de lo que aquí está escrito, porque el tiempo de su cumplimiento está cerca” (Apocalipsis 1:3, NVI). Dios se comunica con nosotros mediante su Palabra. Somos bendecidos no solo al leerla y escucharla, sino también al hacer “caso de lo que aquí está escrito”. Y, entre esto, se encuentran los mensajes de los tres ángeles, que no solo nos advierten de los problemas que vendrán, sino también nos muestran la única esperanza a la que podemos aferrarnos. En comparación con lo que está disponible en algunas redes y servicios de transmisión, ¡estos son mensajes que realmente necesitamos escuchar!

El primer mensaje comienza con las siguientes palabras: “Luego vi otro ángel, el cual volaba en medio del cielo” (Apocalipsis 14:6,

RVC). ¿Quién es este ángel? La palabra “ángel” significa “mensajero”. Aunque los ángeles son seres sobrenaturales de otras partes del Cosmos y a menudo traen mensajes e información para transmitir al pueblo de Dios (véase Daniel 9:20-23; S. Lucas 1:11-38), la Biblia también aplica este término a mensajeros humanos.

Quizás el caso más obvio sea el de Juan el Bautista. En San Mateo 11:9 y 10, Jesús mismo, después de describir brevemente a Juan y llamarlo no solo profeta sino “más que un profeta”, citó el Antiguo Testamento (Malaquías 3:1), diciendo: “Juan es el hombre al que se refieren las Escrituras cuando dicen: ‘Mira, envío a mi mensajero por anticipado, y él preparará el camino delante de ti’”. En otras palabras, tanto los seres humanos como los ángeles son mensajeros de Dios.

En el caso del primer ángel, dada la naturaleza simbólica del libro de Apocalipsis y el siguiente contexto de predicación al mundo, el “ángel” es una clara referencia a los mensajeros humanos, pero que tienen un mensaje que proviene del Cielo. En la Gran Comisión, Jesús dijo: “Por lo tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñen a los nuevos discípulos a obedecer todos los mandatos que les he dado. Y tengan por seguro esto: que estoy con ustedes siempre,

La palabra “ángel”
significa “mensajero”.

hasta el fin de los tiempos” (S. Mateo 28:19, 20). No dirigió estas palabras a los ángeles, sino a sus discípulos, sus seguidores. Son seres humanos que han anunciado la buena nueva de salvación.

Asimismo, son personas que anunciarán los mensajes de los tres ángeles, que consisten en una especie de gran comisión contextualizada para los últimos días.

Además, el texto dice que Juan vio “otro ángel”, lo que implica que hubo ángeles anteriormente. El libro de Apocalipsis abarca la historia de la iglesia desde la primera venida de Jesús hasta la segunda. A lo largo de ese tiempo, a pesar de que muchos mensajeros angelicales han hecho apariciones en la historia cristiana (ver Hechos 12:7), la propagación del evangelio por todo el mundo ha sido realizada casi exclusivamente por agentes humanos, mensajeros

humanos, ángeles humanos. Entonces, ¿qué tienen para decir estos ángeles, mensajeros humanos con un mensaje del Cielo, que es tan importante y puede darnos esperanza incluso mientras vivimos en este mundo cada vez más catastrófico?

BUENAS NOTICIAS

“Luego vi otro ángel, el cual volaba en medio del cielo. Tenía el evangelio eterno, para predicarlo a los habitantes de la tierra” (Apocalipsis 14:6, RVC). Sabemos que el evangelio es una buena noticia. Pero ¿qué quiere decir específicamente la Biblia con este término? Un ejemplo se puede encontrar en Mateo 11:5. Juan el Bautista, el profeta que ayudó a anunciar la venida de Jesús, había sido encarcelado y, según todas las apariencias, no saldría con vida (ver S. Mateo 14:10). Desanimado en la cárcel, comenzó a cuestionarse sobre Jesús, a tener dudas sobre él. Cuando le preguntó a Jesús si realmente era “el Mesías a quien hemos esperado” (S. Mateo 11:3), Jesús respondió así: “Regresen a Juan y cuéntenle lo que han oído y visto: los ciegos ven, los cojos caminan bien, los que tienen lepra son curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres se les predica la Buena Noticia” (versículos 5, 6).

La “Buena Noticia” que se predica a los pobres es otra forma de expresar “el evangelio”. La *Nueva Biblia de las Américas* lo traduce: “Y a los pobres se les anuncia el evangelio”. Las buenas y esperanzadoras noticias se refieren a Jesucristo y su venida a la Tierra.

El evangelio son las buenas noticias de lo que Jesucristo ha hecho por todas las personas del mundo. Pero ¿qué hizo él? Si hubo alguna vez un momento en que todos han necesitado buenas noticias es ahora, ¿no es así? Entonces, ¿cuáles son las buenas noticias del evangelio, el “evangelio eterno” del mensaje del primer ángel?



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacion4>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

5

DESDE SIEMPRE

El mensaje del primer ángel comienza con las buenas noticias eternas, o “evangelio eterno”. De todas las ocasiones en que la palabra “evangelio” aparece en la Biblia, esta es la única vez que va acompañada del adjetivo “eterno”, un término que Juan usa en otros lugares junto con la palabra “vida”; es decir, en referencia a la “vida eterna” que podemos tener en Jesús. Por ejemplo: “Les digo la verdad, todo el que cree, tiene vida eterna” (S. Juan 6:47).

El evangelio es eterno porque fue formulado por Dios en la eternidad y permaneció oculto hasta que se manifestó en Jesús. De hecho, el evangelio, la esperanza de vida, fue creado incluso antes del comienzo del mundo. Piensa en estas palabras del apóstol Pablo: “Toda la alabanza sea para Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en los lugares celestiales, porque estamos unidos a Cristo. Incluso antes de haber hecho el mundo, Dios nos amó y nos eligió en Cristo para que seamos santos e intachables a sus ojos” (Efesios 1:3, 4).

¡Fuimos escogidos en él antes de la creación del mundo! Incluso antes de que existiéramos, el plan de Dios era que todos alcanzáramos la salvación en él. Esto no es doble predestinación, la idea de que Dios elige a unos para salvación y a otros para perdición. No, todos, cada ser humano, fueron predestinados para la salvación, y depende de nosotros elegir si la deseamos o no. El plan de Dios, incluso antes de que existiera el mundo, era que todos tuvieran vida eterna en su Hijo.

“No obstante, lo que sí vemos es a Jesús, a quien por un poco de tiempo se le dio una posición ‘un poco menor que los ángeles’; y debido a que sufrió la muerte por nosotros, ahora está ‘coronado de gloria y honor’. Efectivamente, por la gracia de Dios, Jesús conoció la muerte por todos” (Hebreos 2:9). ¿Por qué morir por “todos” si no estaba planeado que todos los seres humanos fueran salvos, incluso si, al final, no todos finalmente terminen aceptándola?

“Todos nosotros nos hemos extraviado como ovejas; hemos dejado los caminos de Dios para seguir los nuestros. Sin embargo, el Señor puso sobre él los pecados de todos nosotros” (Isaías 53:6). ¿Por qué cargar el pecado de “todos nosotros” si la intención no era perdonarnos a “todos nosotros”? El hecho de que no todo el mundo haga uso de este ofrecimiento no lo limita, así como el hecho de que haya gente que se muere de hambre en un mercado abundante tampoco significa que no haya suficiente comida.

Todo se remonta a la idea, como se señaló anteriormente, de que originalmente fuimos creados para la vida eterna. Desde el principio, se suponía que íbamos a vivir para siempre. Sin embargo, incluso antes de crear este mundo, Dios sabía lo que sucedería. Sabía que la humanidad caería. Así, ideó el plan capaz de llevar la salvación a todos, a cada uno de nosotros. Este es el evangelio *eterno*.

“Fui enviado para que el pueblo que Dios ha elegido tenga fe en él y para que conozca la verdad que enseña cómo servir a Dios. La meta es que tengan la esperanza de vida eterna que Dios prometió desde antes de que el tiempo existiera” (Tito 1:1, 2, PDT). Antes de la fundación del mundo, era una cosa. Sin embargo, se nos prometió la vida eterna antes de que el tiempo existiera. ¿*De qué tiempo?* Esto es interesante a la luz de la ciencia moderna, que enseña que hace miles de millones de años la materia, la energía, el espacio y el tiempo se crearon a la vez. El tiempo mismo tuvo un comienzo; en algún momento no existía. Y, según Pablo, fue entonces, antes de su comienzo, antes del tiempo mismo, cuando Dios nos prometió la esperanza de la vida eterna. Exactamente cuándo fue eso, nadie lo sabe. Sin embargo, podemos estar seguros de que fue hace mucho tiempo. No es de extrañar que se lo llame el evangelio *eterno*.

“Pues ustedes saben que Dios pagó un rescate para salvarlos de la vida vacía que heredaron de sus antepasados. No fue pagado con oro ni plata, los cuales pierden su valor, sino que fue con la preciosa sangre de Cristo, el Cordero de Dios, que no tiene pecado ni mancha. Dios lo eligió como el rescate por ustedes mucho antes de que comenzara el mundo, pero ahora en estos últimos días él ha sido revelado por el bien de ustedes” (1 S. Pedro 1:18-20).

Antes de que comenzara el mundo, antes del tiempo mismo, la Deidad planeó que Jesús, el Hijo de Dios, derramaría su sangre por la raza humana. No es de extrañar que Jesús sea llamado el “Cordero que fue sacrificado antes de la creación del mundo” (Apocalipsis 13:8). El plan de salvación fue ideado antes de que lo necesitáramos, para que estuviera allí cuando lo necesitáramos.

Y ha sido el mismo evangelio, el mismo plan de salvación, desde antes de que comenzara el tiempo hasta que se proclamó el evangelio en el mensaje del primer ángel. Solo hay un evangelio, y se formuló por primera vez en la eternidad pasada, y sus frutos durarán por la eternidad futura. El mismo Pablo declaró, incluso advirtió, que “aun si alguno de nosotros o un ángel del cielo les predicara un evangelio distinto del que les hemos predicado, ¡que caiga bajo maldición! Como ya lo hemos dicho, ahora lo repito: si alguien les anda predicando un evangelio distinto del que recibieron, ¡que caiga bajo maldición!” (Gálatas 1:8, 9, NVI).

Este evangelio fue proclamado por primera vez a Adán y a Eva en el Edén (Génesis 3:15), después de que cayeron y trajeron el pecado y la muerte a nuestro mundo. Este mismo evangelio le fue predicado a Abraham. “En efecto, la Escritura, habiendo previsto que Dios justificaría por la fe a las naciones, anunció de antemano el evangelio a Abraham: ‘Por medio de ti serán bendecidas todas las naciones’ ” (Gálatas 3:8, NVI; ver también Génesis 22:18). Era el mismo evangelio que se predicó al antiguo Israel en medio de su peregrinaje por el desierto (Hebreos 4:2). Este mismo evangelio fue lo que el cielo predicó a los pastores fuera de Belén acerca del nacimiento de Jesús: “Les traigo buenas noticias que darán gran alegría a toda la gente. ¡El Salvador –sí, el Mesías, el Señor– ha

nacido hoy en Belén, la ciudad de David!” (S. Lucas 2:10, 11). Fue el mismo evangelio que Jesús predicó: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepíentanse y crean en el evangelio” (S. Marcos 1:15, NBLA). Fue el mismo evangelio que salvó al ladrón en la cruz, a quien Jesús le había prometido la vida eterna (S. Lucas 23:43). Y fue el mismo evangelio que Jesús les pidió a los discípulos que predicaran hasta el final: “Y este evangelio del reino se predicará en todo el mundo como testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin” (S. Mateo 24:14, NVI). Y es el mismo evangelio, el “evangelio eterno”, que el primer ángel proclama al mundo.

El mensaje eterno que contiene es que la salvación, la vida eterna que debíamos haber tenido desde el principio, solo se alcanza por la fe en Jesús. Solo cuando tomamos posesión por fe de la justicia perfecta de Jesús, dependiendo completamente de sus méritos,

no de nosotros mismos, podremos recuperar la vida eterna a la que deberíamos haber tenido acceso desde el principio.

“Así que nunca te avergüences de contarles a otros acerca de nuestro Señor, ni te avergüences de mí, aun cuando estoy preso por él. Con las fuerzas que Dios te da prepárate para sufrir conmigo a causa de la Buena Noticia. Pues Dios nos salvó y nos llamó para vivir una vida santa. No lo hizo porque lo mereciéramos, sino porque ese era su plan desde antes del comienzo del tiempo” (2 Timoteo 1:8, 9).

Si hay un texto que prueba la salvación por gracia, no por obras, ¡es este! Si fuimos llamados a la salvación antes de que existiera el mundo, entonces la salvación no puede basarse en nuestras obras, ¡porque fuimos llamados en él antes de que existiéramos y pudiéramos hacer cualquier obra! Que te prometieran algo antes de que existieras, antes de que pudieras haber hecho algo para merecerlo; si eso no es gracia, ¿qué es?

El plan de salvación fue ideado antes de que lo necesitáramos, para que estuviera allí cuando lo necesitáramos. Era la garantía de nuestra vida.

Además, como hemos visto, Jesús, quien creó todas las cosas (S. Juan 1:1-3), “se encogió” para convertirse en un bebé humano, que creció hasta la edad adulta, vivió una vida sin pecado y, luego, ofreció esta vida en sacrificio por nosotros. *¿Dios mismo murió por nosotros?* Como si eso no fuera suficiente para salvarnos, ¿necesitamos nuestras propias obras también?

Una escritora cristiana lo expresó así: “Si ustedes reúnen todo lo bueno, santo, noble y amable en el hombre, y luego lo presentan ante los ángeles de Dios como si desempeñara una parte en la salvación del alma humana o como un mérito, la propuesta sería rechazada como una traición. De pie ante la presencia de su Creador y mirando la insuperable gloria que envuelve su persona, contemplan al Cordero de Dios entregado desde la fundación del mundo a una vida de humillación, para ser rechazado, despreciado y crucificado por hombres pecadores. ¿Quién puede medir la infinitud del sacrificio!”¹

Este “evangelio eterno” es el fundamento de los mensajes de los tres ángeles, porque sin él, sin la promesa de la vida eterna, el gran centro del evangelio, ¿qué más importaría? Sin esta promesa, seríamos el polvo que es llevado por el viento o como cenizas olvidadas por el tiempo. Sin lugar a dudas, después de todo lo que hemos pasado, después de todas las pruebas, las dificultades y las angustias por las que hemos atravesado, terminar así no parece que valga la pena. Casi no tiene sentido.

No tiene sentido porque nunca se supuso que así fuera. El pecado lo trastocó todo. El evangelio eterno es la solución de Dios para restaurar la normalidad, la cordura y la vida en un mundo inmerso en la anormalidad, la locura y la muerte.



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacion5>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

¹ Elena de White, *Fe y obras* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2012), pp. 22, 23.

6

UN LLAMADO PARA TODOS

“**L**uego vi otro ángel, el cual volaba en medio del cielo. Tenía el evangelio eterno, para predicarlo a los habitantes de la tierra, es decir, a toda nación, raza, lengua y pueblo. Ese ángel decía con fuerte voz: ‘Teman a Dios, y denle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Adoren al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de agua’” (Apocalipsis 14:6, 7, RVC).

Observa la dinámica que va del Cielo a la Tierra aquí: el mensaje del primer ángel, aunque es anunciado físicamente por los seres humanos, proviene del Cielo. Es de origen divino, no humano. Estos mensajeros, como Moisés, Isaías, Jeremías, Mateo, Juan, Pablo y Pedro, dejaron su mensaje escrito en la Biblia; o no lo hicieron, como el profeta Natán (2 Samuel 7:1, 2). De cualquier manera, hablaban en nombre de Dios.

La Biblia fue “inspirada por Dios y es útil para enseñarnos lo que es verdad y para hacernos ver lo que está mal en nuestra vida. Nos corrige cuando estamos equivocados y nos enseña a hacer lo correcto” (2 Timoteo 3:16). Fue revelada por Dios mismo, “quien no miente” (Tito 1:2). Los seres humanos mienten, pero no Dios, por lo que debemos escuchar lo que él nos quiere decir en el mensaje de este ángel.

Debido a que este mensaje proviene del Cielo, se proclama a “los habitantes de la tierra”. El profeta Isaías habla de las altas montañas (Isaías 40:9; 52:7) como el lugar desde el que se predica el evangelio

a quienes habitan más abajo. Antes de enviar a sus discípulos a predicar, Jesús dijo que lo que les había dicho en secreto se proclamaría desde las azoteas (S. Mateo 10:27), lugares altos desde los cuales las masas oirían sus voces abajo en las calles.

ALCANCE GLOBAL

El ángel también habla con “fuerte voz”, dando la idea de ser escuchado con facilidad. En los tiempos bíblicos, mucho antes de que la invención de los medios de comunicación modernos siquiera se le ocurriese a alguien, los mensajeros eran entrenados desde jóvenes para tener una voz fuerte. Estos hombres entrenados viajaban de ciudad en ciudad, transmitiendo el comunicado de sus amos a la multitud que se reunía para escucharlos.

En resumen, el mensaje de este primer ángel será proclamado a todo el mundo; nadie podrá alegar ignorancia. (Este libro que está leyendo ahora es parte de esa verdad profética que se está

La universalidad del mensaje angélico tiene algo que decir sobre la igualdad esencial de la raza humana.

cumpliendo.) La universalidad de este mensaje también se encuentra en a quién se dirige: “A los habitantes de la tierra, es decir, a toda nación, raza, lengua y pueblo”. La frase “habitantes de la tierra” también se utiliza en Apocalipsis para representar a personas que han optado por no seguir y obedecer a Dios (véase Apocalipsis 13:8, 14). Sin embargo, debido a que el mensaje del primer ángel es un lla-

mado a la fidelidad, esta frase en este contexto debe referirse a un momento en que las personas todavía tienen la oportunidad de elegir a quién adorarán y obedecerán (ver el capítulo 6 de Apocalipsis).

Esto tiene sentido. La humanidad ha sido creada, desde el mismo comienzo, para vivir para siempre. Para darnos la seguridad de esa vida eterna (si la aceptamos), Dios puso en marcha “el evangelio eterno” mucho antes de que cualquiera de nosotros respirara por

primera o última vez. “Es por eso que trabajamos con esmero y seguimos luchando, porque nuestra esperanza está puesta en el Dios viviente, quien es el Salvador de toda la humanidad y, en especial, de todos los creyentes” (1 Timoteo 4:10). Hace miles de años, el Señor le dijo a Abram (más tarde Abraham) que en él “todas las familias de la tierra serán bendecidas” (Génesis 12:3).

El plan de salvación es, en última instancia, una restauración: recrear lo arruinado por el pecado y la muerte. No es de extrañar, entonces, que el mensaje del primer ángel, que proclama “el evangelio eterno”, sea para toda la humanidad. Cristo murió por todas las personas, sin que nadie quede fuera. La tragedia de los perdidos es que nadie debería perderse; no cuando se pagó un precio tan alto, la crucifixión del Creador, para que fueran salvos.

Finalmente, en un mundo devastado por conflictos étnicos, raciales y de género, la universalidad del mensaje del ángel tiene algo que decir sobre la igualdad esencial de la raza humana: todos somos miserables y necesitamos la gracia de Dios. La muerte no hace distinciones entre raza, género, clase social ni riqueza. Es un destructor que afecta a todos. “Toda nación, raza, lengua y pueblo” es, en última instancia, igual e impotente ante ella, porque, tarde o temprano, la muerte arrastra a “toda nación, raza, lengua y pueblo” de regreso al polvo y a la tierra de donde todos surgieron. Y, por eso, el mensaje del primer ángel está dirigido a todos nosotros.

¿MIEDO O AMOR?

¿Por qué las primeras palabras de un ángel que proclama el evangelio eterno son: “Teman a Dios”? Piensa de nuevo en el significado del evangelio eterno. El Dios que creó y mantiene el Universo, ese Dios voluntariamente se humilló a sí mismo, por nuestro bien, hasta el punto de convertirse en uno de nosotros. “Tengan la misma actitud que tuvo Cristo Jesús. Aunque era Dios, no consideró que el ser igual a Dios fuera algo a lo cual aferrarse. En cambio, renunció a sus privilegios divinos; adoptó la humilde posición de un esclavo y nació como un ser humano. Cuando apareció en forma de hombre, se humilló a sí mismo en

obediencia a Dios y murió en una cruz como morían los criminales” (Filipenses 2:5-8).

Hubiera sido una condescendencia infinita simplemente descender de las glorias del cielo para venir como ser humano a este planeta caído, plagado de enfermedades, guerras y crímenes. En la geografía del Cosmos, todo nuestro Sistema Solar, incluido el Sol, no tendría más relevancia o importancia que un grano de arena. ¿Qué sucede entonces con nuestro planeta, la Tierra, o con cada uno de nosotros, que, a diferencia de la Tierra, no somos más que minúsculos pasajeros que algún día morirán y cuyos cuerpos desaparecerán en el polvo?

Sin embargo, tan grande fue el amor de Jesús por nosotros que no solo vino a vivir entre nosotros, sino también se dejó burlar, ridiculizar, humillar y crucificar (él, el Creador del Universo), para que todos tengamos la promesa de la vida eterna.

No es de extrañar que debamos temerlo, no en el sentido de estar asustados, sino asombrados, absolutamente reverentes y al mismo tiempo totalmente admirados de que él se preocupe tanto por nosotros, incluso a un costo tan grande para él mismo. Se humilló a sí mismo y, cruzando el abismo que existe entre nosotros y Dios, Cristo se convirtió en un ser humano. Por medio de su sacrificio personal deliberado, Jesús nos unió a él con lazos que nunca se romperán.

¿Temer a Dios? Más bien, ten miedo de que, frente a tal amor, tal amor inmerecido y tal gracia inacabable, pequemos contra él. Temor a que terminemos olvidándonos de su gran amor y rechazemos su oferta de salvación. Nuevamente, “antes del comienzo del tiempo” (2 Timoteo 1:9; Tito 1:2), cada uno de nosotros había sido escogido en él para tener la vida eterna que se suponía que fuera nuestra desde el principio.

Ante esto, ¿cómo muchos pueden *rechazar esta oferta*? ¿Cómo pueden renunciar a tan infinito precio pagado por nosotros? ¿Cómo pueden desestimar este sacrificio como si fuera algo insignificante, o descuidarlo a cambio de placeres pasajeros, que nunca nos darán la verdadera felicidad y finalmente desaparecerán? Las analogías humanas son imperfectas, pero imagínate a alguien que daña su

salud durante muchos años hasta casi la insuficiencia cardíaca. Un ser querido, ante la situación, se ofrece a donar su corazón, a costa de su vida. El corazón es extraído, pero el enfermo opta por no aceptarlo, incluso después de que el otro ha muerto para poder dárselo. A grandes rasgos, esto es más o menos lo que significa rechazar lo que Cristo ha hecho por nosotros, a la luz del Calvario.

En el pasado, la gente miraba hacia el cielo estrellado, y sentía reverencia y temor por la inmensidad, la grandeza y la belleza de lo que estaba arriba, mientras que ellos mismos eran tan pequeños, diminutos y aparentemente insignificantes. Hoy, los telescopios revelan un Cosmos tan vasto que poco nos asombran distancias como veinte mil millones de años luz, ya que la tecnología nos da la ilusión de que somos capaces de comprender el Universo cuando, de hecho, solo deberíamos estremecernos de asombro ante la magnificencia estrellada que nos rodea. Si los seres humanos solo pueden quedar atónitos ante la Creación misma, ¡cuánto más en presencia del Dios que la creó y la sostiene! Ese pensamiento debería ser más que suficiente para hacernos temblar ante él. Debemos agregar a esto nuestra propia indignidad ante el Señor y reconocer que, a pesar de esa indignidad, ¡Cristo se sacrificó por nosotros!

Al ser confrontados por tan majestuosas ideas, por tal amor cósmico centrado directamente en nosotros, ¿cómo no exclamar: *¿Y quién está capacitado para esto?* Y también, ¿cómo no preguntarnos: ¿cómo se supone que debemos responder? ¿Qué respuesta es digna de lo que se nos ha dado? Y ¿cómo podría ser importante cualquier cosa que hagamos en comparación con lo que se ha hecho por nosotros en Jesús? La respuesta, y lo primero que se nos dice que hagamos, después de temer a Dios, es: “denle gloria” (Apocalipsis 14:7).



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacion6>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

7

ESPERANZA DE JUSTICIA

La idea de que Dios sea glorificado por su pueblo es común en las Escrituras. Sin embargo, la expresión “dar gloria” a Dios es inusual. Por lo tanto, su uso en el mensaje del primer ángel es tan especial como revelador.

Un ejemplo poderoso se puede extraer del comienzo de la historia israelita, cuando los hijos de Israel, después de vagar durante cuarenta años por el desierto, finalmente entraron en la Tierra Prometida, que estaba llena de pueblos peligrosos y corruptos. Entre otras cosas, esos individuos sacrificaban sus hijos a los dioses. Antes de entrar en la tierra, se les había advertido específicamente contra esta práctica horrible. “No permitas que ninguno de tus hijos sea ofrecido como sacrificio a Moloc, pues no debes traer vergüenza al nombre de tu Dios. Yo soy el Señor” (Levítico 18:21). Esos cananeos eran gente malvada y, según todas las apariencias, hacía mucho que habían rechazado los esfuerzos de Dios por acercarse a ellos (ver Génesis 15:16). También ten en cuenta la siguiente idea: al cometer esta práctica impía, los israelitas estarían profanando el nombre de su Dios. Esto era lo opuesto a la idea de que, al hacer el bien, al obedecer al Señor, al dejar que sus luces brillaran, glorificarían su nombre.

También se les había advertido a los hijos de Israel que no guardaran los bienes de esos pueblos para fines personales. “No se queden con ninguna cosa que esté destinada para ser destruida, pues, de lo contrario, ustedes mismos serán destruidos por completo y

traerán desgracia al campamento de Israel. Todo lo que esté hecho de plata, de oro, de bronce o de hierro pertenece al Señor y por eso es sagrado, así que colóquenlo en el tesoro del Señor” (Josué 6:18, 19). Estas “cosas que están destinadas a ser destruidas” podrían contaminar espiritualmente a la gente. La seguridad de Israel en la tierra dependía de su pureza espiritual. Nada amenazaba más esta pureza que contaminarse con las prácticas perversas de las naciones vecinas.

De hecho, al principio, justo después de haber entrado en la Tierra Prometida, la calamidad golpeó y el Señor le dijo a Josué la razón: “¡Levántate! ¿Por qué estás ahí con tu rostro en tierra? ¡Israel ha pecado y ha roto mi pacto! Robaron de lo que les ordené que apartaran para mí. Y no solo robaron, sino además mintieron y escondieron los objetos robados entre sus pertenencias” (Josué 7:10, 11). La idea de mezclar cosas paganas con las propias simbolizaba lo que en última instancia conduciría a la caída de la nación (una práctica que, como veremos, también ha plagado al cristianismo), y poco después de haber entrado en la tierra, esta contaminación ya estaba en marcha.

Por codicia y en flagrante desobediencia a los mandamientos de Dios, quien no quería que su pueblo fuera contaminado, alguien de Israel había saqueado y guardado para sí objetos de la ciudad recién destruida de Jericó. Aunque se le dio la oportunidad de dar un paso adelante y confesar su error, solo después de ser confrontado por Josué (a quien Dios le reveló quién era el culpable), Acán admitió lo que había hecho, diciendo: “¡Es cierto! He pecado contra el Señor, Dios de Israel. Entre el botín, vi un hermoso manto de Babilonia, doscientas monedas de plata y una barra de oro que pesaba más de medio kilo. Los deseaba tanto que los tomé. Está todo enterrado debajo de mi carpa; la plata la enterré aún más profundo que el resto de las cosas” (Josué 7:20, 21).

“Hijo mío, da gloria al Señor, Dios de Israel, y di la verdad. Confiesa y dime lo que has hecho. No me lo escondas” (Josué 7:19). *Da gloria a Dios*, al igual que la frase de Apocalipsis 14:7. En el contexto del juicio, de ser llamado a admitir su culpa, se le

dice a Acán que dé gloria a Dios. ¿Qué significa eso? No se trata de dar gloria cantando alabanzas al Señor. Más bien, es admitir que Dios fue justo no solo al llamar la atención sobre la codicia, el egoísmo y la rebelión de Acán, sino también en el castigo que recibiría. Acán merecía el castigo que estaba a punto de sufrir, y se esperaba que reconociera ese hecho. En resumen, dar gloria a Dios equivale a admitir, en el contexto del juicio, que el juicio de Dios es completamente justo y equitativo.

Teniendo en cuenta el Conflicto Cósmico y la justicia divina al tratar con él, ¿cuán importante es no solo que los juicios de Dios sean justos, sino también que el Universo reconozca esa justicia (ver Efesios 3:10)! De hecho, Apocalipsis 19:1 y 2 describe que algunos de estos “gobernantes y autoridades invisibles” de los lugares celestiales

exclaman: “¡Alabado sea el Señor! La salvación, la gloria y el poder le pertenecen a nuestro Dios. Sus juicios son verdaderos y justos”.

Es importante no solo que los juicios de Dios sean justos, sino también que el Universo reconozca esa justicia.

Por eso, esta frase específica, “dar gloria” a Dios, aparece también en otros escenarios del juicio divino (1 Samuel 6:5; Jeremías 13:15, 16; Malaquías 2:2). Pero, sin duda, el ejemplo más dramático, trascendente y poderoso ocurre en el corazón del mismo mensaje del

primer ángel: “Temán a Dios, y denle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado”. ¿Por qué “temer a Dios”? ¿Por qué “darle gloria”? Porque ha llegado la hora en que él juzgará; la hora del juicio de Dios.

¿Juicio? ¿Juicio de Dios? ¿El Dios omnisciente, que todo lo ve, que conoce cada pensamiento, cada acto secreto, incluso las cosas que has olvidado hace mucho tiempo? ¿Ese juicio?

¿Cuáles son tus perspectivas en este escenario?

¿DEJA DE PREOCUPARTE?

Hace años, los ateos británicos lanzaron una campaña en esos famosos autobuses rojos de dos pisos que deambulan por las calles

de Londres. El anuncio decía (en inglés): “Probablemente Dios no exista. Así que, deja de preocuparte y disfruta de la vida”.

¿Probablemente Dios no exista?

Y si Dios existe, ¿por qué debería preocuparte? Quizás esto se deba a que este Dios tiene un estándar moral, como los Diez Mandamientos, que la gente está obligada a seguir, en oposición a los estándares personales, que a menudo no se elevan por encima de sus propios impulsos y deseos. El mero pensamiento de la existencia de este Dios implica un sentido de obligación moral y responsabilidad, precisamente las preocupaciones de quienes están detrás de la campaña de autobuses. Esta preocupación tiene sus razones, considerando que la Biblia describe la depravación humana en términos crudos (ver Romanos 1), para “evitar que la gente tenga excusas y demostrar que todo el mundo es culpable delante de Dios” (Romanos 3:19).

Un joven agnóstico que no era tan malo reflexionaba de vez en cuando: “Quizá realmente exista un Dios”. Sin embargo, cada vez que le venía a la mente el pensamiento, lo rechazaba. ¿Por qué? Porque si realmente hubiera un Dios, ¿estaría en problemas! Quienquiera que haya colocado esos anuncios en los autobuses de Londres podría tener el mismo miedo, ¡y con razón también!

Si los ateos tienen razón en que Dios no existe, imagínate lo que eso significaría en relación con el clamor de justicia que ha existido desde el comienzo de la historia humana. Si “probablemente Dios no exista”, entonces probablemente tampoco haya esperanza de justicia, no haya esperanza de que se corrijan injusticias indecibles, de que se rindan cuentas y se castigue un mal indecible. Todo mal impune y del que no se hayan rendido cuentas permanecerá para siempre impune y sin explicación, un pensamiento deprimente y desesperado.

Quizás hayas oído hablar del automóvil estadounidense llamado “Pinto”, en homenaje a una raza de caballos. Fue un modelo popular en los Estados Unidos de la década de 1970, un intento de competir con el Beatle, de Volkswagen. Sin embargo, la compañía, incluido su ejecutivo icónico, Lee Iacocca, sabía que el vehículo no

era seguro y que, si se lo chocaba en su parte trasera, incluso a una velocidad relativamente baja, el tanque de combustible explotaría. No obstante, al hacer un análisis de costo-beneficio, la empresa decidió quedarse con el auto de todos modos, con los peligrosos defectos de fabricación, ya que sería más económico pagar las demandas por muertes y lesiones que reparar el modelo.

“Lo que llamó la atención del público fue la revelación de que a la empresa le resultó más barato pagar una indemnización a las familias de las víctimas de incendios vehiculares que pagar los 137 millones de dólares necesarios para hacer más seguro el modelo de inmediato, según un memorando interno de la empresa, presentado durante un juicio. Esto significaba que hacer las mejoras en la seguridad no era rentable”.¹

Si “probablemente
Dios no exista”,
entonces
probablemente
tampoco haya
esperanza de justicia.

Cientos de pasajeros y conductores murieron, sufrieron quemaduras y mutilaciones, incluido un niño de trece años que sufrió quemaduras en más del noventa por ciento de su cuerpo, porque Lee Iacocca y otros ejecutivos de la empresa fabricante de automóviles priorizaron las ganancias por sobre las personas. Sin embargo, las explosiones y las muertes de clientes no eran una publicidad positiva para la empresa,

cuyo anuncio de automóvil en las estaciones de radio incluía la frase: “El automóvil te dejará con una cálida sensación de comodidad”. Los anuncios y el vehículo inseguro fueron finalmente retirados del mercado, pero no sin antes dejar un rastro de quemaduras y muerte.

¿Dónde está la justicia?

Si “probablemente Dios no exista”, entonces, como advirtió el poeta Czeslaw Milosz, solo queda “la nada después de la muerte: el gran consuelo de pensar que, por nuestras traiciones, codicia,

¹ Robert Sherefkin, “Lee Iacocca’s Pinto: A fiery failure”, *Automotive News*, disponible en <<https://www.autonews.com/article/20030616/SUB/306160770/lee-iacocca-s-pinto-a-fiery-failure>>, consultado el 12 de mayo de 2021.

cobardía y asesinatos, no seremos juzgados”.² Algunos, por supuesto, quieren justamente eso: ninguna condena por sus actos de traición, codicia, cobardía y todos los demás males humanos de los que fueron culpables, sin que jamás se los considere responsables.

Solo que existe un problema: la Biblia enseña una y otra vez, en el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, desde Moisés hasta Pablo, por parábolas y poesía, la clara advertencia de que Dios es justo y que los seres humanos tendrán que responder por todas sus obras, por todas las acciones y todos los males que cometieron.

Aquí hay solo una descripción general de las promesas bíblicas sobre lo que le espera al mal que hasta ahora no ha sido castigado:

“Miren, yo vengo pronto, y traigo la recompensa conmigo para pagarle a cada uno según lo que haya hecho” (Apocalipsis 22:12).

“Dios nos juzgará por cada cosa que hagamos, incluso lo que hayamos hecho en secreto, sea bueno o sea malo” (Eclesiastés 12:14).

“Pero el Señor reina para siempre; desde su trono lleva a cabo el juicio. Juzgará al mundo con justicia y gobernará a las naciones con imparcialidad” (Salmo 9:7, 8).

“Por esa misma palabra, los cielos y la tierra que ahora existen han sido reservados para el fuego. Están guardados para el día del juicio, cuando será destruida la gente que vive sin Dios” (2 Pedro 3:7).

“Teman a Dios, y denle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Adoren al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de agua” (Apocalipsis 14:7, RVC).

Porque la hora de su Juicio *ha llegado*. ¿Qué significa eso? Y más: ¿Qué esperanza podemos tener frente a este juicio también nosotros como pecadores, como personas que han cometido cosas que quedaron impunes?



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacion7>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

² Czeslaw Milosz, *Road-Side Dog* (New York: Farrar, Strauss, Giroux, 1998), p. 22.

8

LA HORA DEL JUICIO

“**P**orque es tiempo de que el juicio comience por la familia de Dios; y, si comienza por nosotros, ¿cuál no será el fin de los que se rebelan contra el evangelio de Dios!” (1 S. Pedro 4:17, NVI).

“Pero yo les digo que en el día del juicio todos tendrán que dar cuenta de toda palabra ociosa que hayan pronunciado. Porque por tus palabras se te absolverá, y por tus palabras se te condenará” (S. Mateo 12:36, 37, NVI).

“Pues él ha fijado un día para juzgar al mundo con justicia por el hombre que él ha designado, y les demostró a todos quién es ese hombre al levantarlo de los muertos” (Hechos 17:31).

Podríamos continuar así, presentando un texto bíblico tras otro, que hablan de Dios como un Dios de juicio, y que nos dan la seguridad que proviene del Cielo de que la injusticia y el mal en la Tierra algún día serán llevados a juicio y castigados. El concepto de juicio divino impregna las Escrituras. No ha habido un único juicio amplio que repare todas las ofensas, castigue todos los males y recompense toda bondad. En cambio, los juicios de Dios han sido eventos sucesivos que dependen del tiempo, el lugar y las circunstancias, y de sus juicios en el pasado podemos aprender sobre el juicio en la actualidad y en el futuro.

Desde el primer juicio, en el que Dios juzgó a Adán y Eva después de la Caída, pasando por el diluvio mundial (Génesis 7), la destrucción de Sodoma y Gomorra (Génesis 19), la caída de la

antigua Babilonia (Daniel 5), hasta la declaración de juicio en el mensaje del primer ángel y el Juicio Final en el fin de los tiempos (Apocalipsis 20), la Biblia revela la realidad de los juicios de Dios.

Una descripción poderosa y especialmente relevante de los juicios divinos se encuentra en el libro de Daniel, en el Antiguo Testamento. En el capítulo 7, el profeta tuvo un sueño profético en el que se le mostró cuatro bestias que surgían del mar (versículo 3). Cada una de estas “bestias” simboliza un imperio mundial (versículo 17) que surgiría y luego desaparecería en la historia antigua, hasta llegar a un gran juicio en el cielo (versículos 9, 10, 22, 26) que luego da lugar al Reino eterno de Dios (versículos 14, 22, 27). El punto principal del sueño profético es mostrar que estos cuatro reinos terrenales y transitorios son seguidos, en última instancia, por el Reino eterno de Dios: “Estas cuatro bestias enormes representan a cuatro reinos que surgirán de la tierra; pero al final, el reino será entregado al pueblo santo del Altísimo y los santos gobernarán por siempre y para siempre” (versículos 17, 18).

“La Biblia revela la realidad de los juicios divinos”.

Estos cuatro reinos terrenales, o imperios, han sido identificados desde hace mucho tiempo como Babilonia, Medopersia, Grecia y luego Roma, el imperio final, que permanece hasta el fin de este mundo actual. La Roma de la república y luego de los césares fue la fase de Roma que surgió inmediatamente después de la antigua Grecia. Sin embargo, Roma, este cuarto poder, todavía existe hoy (tal como lo predijo la profecía, ya que continúa hasta el fin del mundo), pero ahora en la fase papal. De hecho, la cuarta bestia había sido descrita con ciertas características que encajan muy bien con la Roma medieval, que lamentablemente incluye una severa persecución (versículos 21, 24, 25).

En diferentes partes del capítulo (versículos 9, 10, 22, 26), se describe un juicio celestial en el tiempo del fin que conduce al Reino eterno, al que la Biblia llama “un cielo nuevo y una tierra nueva” (Apocalipsis 21:1; ver también Isaías 65:17; 66:22; 2 S. Pedro 3:13).

La primera referencia al Juicio dice así: “Observé mientras colocaban unos tronos en su lugar, y el Anciano se sentó a juzgar. Su ropa era blanca como la nieve; su cabello se parecía a la lana más pura. Se sentó sobre un trono ardiente con ruedas en llamas, y un río de fuego brotaba de su presencia. Millones de ángeles le atendían; muchos millones se pusieron de pie para servirle. Entonces comenzó la sesión del tribunal y se abrieron los libros” (Daniel 7:9, 10).

El “Anciano” (uno de los nombres de Dios), tronos, libros abiertos, sesión del tribunal: está claro que una escena de juicio cósmico se está desarrollando ante todos estos otros seres celestiales. Considerando lo que ya hemos visto acerca del Conflicto Cósmico y el interés de “los gobernantes y autoridades invisibles que están en los lugares celestiales” (Efesios 3:10), esto no debería sorprendernos.

Este mismo juicio se describe más tarde en las siguientes palabras: “Seguí mirando en las visiones nocturnas, y en las nubes del cielo venía uno como un Hijo de Hombre, que se dirigió al Anciano de Días y fue presentado ante él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Su dominio es un dominio eterno que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Daniel 7:13, 14, NBLA).

El Anciano está ahora con el “Hijo de Hombre”, un término que Jesús usa una y otra vez en el Nuevo Testamento para referirse a sí mismo (S. Mateo 17:22; 20:18; 24:30; S. Marcos 2:10; 10:33; S. Lucas 6:22; 11:30; 12:10; 17:22; S. Juan 6:53; 12:34; 13:31), en algún tipo de evento celestial, otra descripción del juicio que conduce directamente al Reino eterno de Dios.

Otra imagen de este mismo juicio, aunque habla primero de los eventos que suceden aquí en la Tierra, dice: “Hasta que vino el Anciano —el Altísimo— y emitió un juicio en favor de su pueblo santo. Entonces llegó el tiempo para que los santos tomaran posesión del reino” (Daniel 7:22; véanse también los versículos 26 y 27). Nota: el Juicio es realizado en favor del pueblo de Dios. Tendemos a pensar en un juicio como algo malo, algo que conduce al castigo, que en muchos casos es cierto. Pero, en este caso, al menos para los “santos” (un término bíblico para el pueblo de Dios, que no tiene

nada que ver con el concepto popular de santos canonizados), el Juicio se hace a su favor.

Sin embargo, ¿cómo puede suceder esto? ¿No hemos sido todos considerados pecadores? ¿No somos conscientes de lo malos que somos? La Biblia dice: “Nadie es realmente sabio, nadie busca a Dios. Todos se desviaron, todos se volvieron inútiles. No hay ni uno que haga lo bueno, ni uno solo”. ‘Lo que hablan es repugnante, como el mal olor de una tumba abierta. Su lengua está llena de mentiras’. ‘Veneno de serpientes gotea de sus labios’. ‘Su boca está llena de maldición y amargura’. ‘Se apresuran a matar. Siempre hay destrucción y sufrimiento en sus caminos. No saben dónde encontrar paz’. ‘No tienen temor de Dios en absoluto’ ” (Romanos 3:11-18).

¿Cómo es posible, entonces, que cualquiera de nosotros, incluidos los “santos” en juicio, con los libros abiertos, pueda estar de pie ante un Dios que conoce cada pensamiento malo, cada acto oculto, todas esas cosas que hicimos en secreto y que nunca quisiéramos que fueran reveladas (ver Eclesiastés 12:14)? Solo gracias al evangelio eterno.

PROTEGIDOS

No es una coincidencia que el evangelio y el Juicio aparezcan juntos. Por muy buenas que sean las buenas nuevas del evangelio, tiene más sentido cuando se asocia con el Juicio. ¿Por qué? Porque nuestra única esperanza en el Juicio es el evangelio, es decir, la justicia de Cristo, aceptada por el Padre como si fuera nuestra en el momento en que nos la apropiamos por fe. No debemos temer la condenación. “Por lo tanto, ya no hay condenación para los que pertenecen a Cristo Jesús” (Romanos 8:1). No hay condena ahora y ciertamente tampoco en el Juicio.

¿Es porque no tenemos pecado? No. La verdadera razón es porque Jesús no pecó, y su “historial” se acredita como si fuera nuestro. Por esa razón, el juicio en Daniel 7 se hace “en favor de su pueblo santo” (Daniel 7:22). Como el ladrón en la cruz, fueron cubiertos por la justicia de Cristo. O, como explicó Pablo, “somos hechos justos a los ojos de Dios por medio de la fe y no por obedecer la ley” (Romanos 3:28).

¿Justificado independientemente de las obras de Ley? Claro que sí. La Ley, tan santa, justa y buena como es (Romanos 7:12), solo señala el pecado, pero no puede expiarlo. La Ley es como un espejo: te muestra exactamente dónde están tus manchas. Pero, no importa cuánto tiempo o con qué frecuencia te mires al espejo, este no puede eliminar las imperfecciones. La Ley revela el pecado, pero no ofrece poder para vencerlo o perdonarlo. Por eso necesitamos el evangelio.

Una gran expresión de la Ley y el Juicio de Dios se puede encontrar en el Santuario del Antiguo Testamento, y más tarde en el Templo de Jerusalén, el centro de adoración del antiguo Israel. Este es el mismo templo que Jesús purificó de aquellos que habían profanado los terrenos sagrados con su comercio desenfrenado y explotador (ver S. Mateo 21:12, 13). Allí el pueblo de Israel aprendió sobre el plan de salvación, el “evangelio eterno”. La parte central de los ritos del Santuario correspondía a los sacrificios de animales, corderos, becerros y cabras. Cada uno de ellos era un símbolo, un tipo, una miniprofecía de la muerte de Jesús en la Cruz, al igual que de su obra como nuestro Sumo Sacerdote en el Santuario celestial. Por eso, al presentar a Jesús por primera vez, Juan el Bautista exclamó: “¡Miren! ¡El Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (S. Juan 1:29). En lugar de que cada pecador pereciera por su propio pecado, el cordero, símbolo de Jesús, moría en lugar del pecador. En lugar de que, en última instancia, muriéramos por nuestros pecados, Jesús en la Cruz lo hizo en nuestro lugar. Y esta gran verdad era proclamada, en símbolos, en el Templo.

El Templo también tenía dos compartimentos y, aunque todos los días se llevaba la sangre expiatoria de los animales sacrificados al primer compartimento, una vez al año, la sangre de los sacrificios se llevaba al segundo, el compartimento interior, en un ritual conocido como *Yom Kippur*, el Día de la Expiación (ver Levítico 16). Este era el Día del Juicio, una buena noticia para los hijos de Israel porque, aunque habían pecado, sus pecados eran perdonados, purificados y limpiados por la sangre derramada. Por lo tanto, podían comparecer como justos ante Dios en ese juicio.

Esta ceremonia anual tenía lugar “a causa de la contaminación por el pecado y la rebelión de los israelitas” (Levítico 16:16). Es decir, habían pecado, y ese era el día de rendir cuentas por esos pecados.

Sin embargo, ese día era el *Yom Kippur*, el Día de la Expiación. La Expiación tiene que ver con perdonar a los pecadores, no con condenarlos. Este perdón solamente puede provenir de la sangre, no de la Ley. Aunque dentro del segundo departamento del Santuario, en el Arca del Pacto (ver Números 10:33; Deuteronomio 10:3; 31:26), estaban las tablas de piedra, los Diez Mandamientos, que mostraban a Israel su obligación sagrada de guardar la Ley, la Expiación no sucedía a causa de la Ley, sino a pesar de ella. La Ley, que el pueblo había transgredido (“a causa de la contaminación por el pecado y la rebelión de los israelitas”), los habría condenado si no fuera por la sangre. “Después [el sumo sacerdote] tomará un poco de la *sangre* del becerro, mojará su dedo en ella, y la rociará en el lado oriental de la tapa de la expiación. También rociará la *sangre* siete veces con su dedo delante de la tapa de la expiación. Luego, Aarón matará el primer chivo como ofrenda por el pecado del pueblo y llevará su *sangre* detrás de la cortina interior. Allí

Desde la muerte del animal hasta el sacerdote que rociaba la sangre en el santuario, todo prefigura el “evangelio eterno”.

rociará la sangre del chivo sobre y delante de la tapa de la expiación, tal como lo hizo con la sangre del becerro” (Levítico 16:14, 15; énfasis añadido). El Propiciatorio era la tapa de oro que cubría el Arca del Pacto. Esta, a su vez, contenía los Diez Mandamientos. La sangre rociada allí sobre el Propiciatorio simboliza la sangre de Jesús, quien expió la transgresión de los Diez Mandamientos.

“En el décimo día del mes señalado a comienzos del otoño, deben negarse a sí mismos. Ni los israelitas de nacimiento ni los extranjeros que vivan entre ustedes harán ninguna clase de trabajo. Esta es una ley perpetua para ustedes” (versículo 29). Este era un día solemne, el Día del Juicio, y el pueblo debía “negarse a

sí mismo”. Es decir, era un día de arrepentimiento, de examen de conciencia, de darse cuenta de sus defectos. Los israelitas dependían de la sangre no solo para que sus pecados fueran perdonados, sino también para ser limpiados de ellos.

Desde la muerte del animal hasta el sacerdote que rocía la sangre en el Santuario, todo prefigura el “evangelio eterno” (Apocalipsis 14:6), en el que Jesús es primero el sacrificio y luego el Sumo Sacerdote. Todo un libro del Nuevo Testamento, Hebreos, explica explícitamente que el Santuario terrenal era un modelo, un símbolo del Santuario celestial, en el que Jesús, después de derramar su sangre en la Cruz (simbolizada por sacrificios de animales), ahora ministra como nuestro Sumo Sacerdote.

“El punto principal es el siguiente: tenemos un Sumo Sacerdote quien se sentó en el lugar de honor, a la derecha del trono del Dios majestuoso en el cielo. Allí sirve como ministro en el tabernáculo del cielo, el verdadero lugar de adoración construido por el Señor y no por manos humanas” (Hebreos 8:1, 2).

Y así como el sacerdote terrenal intercedía por los pecadores al llevar la sangre al Santuario, Jesús, como nuestro Sumo Sacerdote en el Santuario celestial, también intercede por nosotros. “Entonces, ¿quién nos condenará? Nadie, porque Cristo Jesús murió por nosotros y resucitó por nosotros, y está sentado en el lugar de honor, a la derecha de Dios, e intercede por nosotros” (Romanos 8:34). “Por eso puede salvar –una vez y para siempre– a los que vienen a Dios por medio de él, quien vive para siempre, a fin de interceder con Dios a favor de ellos” (Hebreos 7:25). “Mis queridos hijos, les escribo estas cosas, para que no pequen; pero si alguno peca, tenemos un abogado que defiende nuestro caso ante el Padre. Es Jesucristo, el que es verdaderamente justo” (1 S. Juan 2:1). “Pues Cristo no entró en un lugar santo hecho por manos humanas, que era solo una copia del verdadero, que está en el cielo. Él entró en el cielo mismo para presentarse ahora delante de Dios a favor de nosotros” (Hebreos 9:24).

Nota el tema aquí: Cristo está en el cielo, en el Santuario celestial, intercediendo *por nosotros*. Está ante la presencia de Dios

por nosotros. Él aboga *por nosotros*. Por eso, ahora, en el tiempo de este Juicio (“porque la hora de su juicio ha llegado”), tenemos la seguridad de la salvación por lo que Cristo ha hecho por nosotros en la Cruz, como nuestro Sacrificio, y lo que él hace por nosotros ahora, en el Santuario celestial, como nuestro Sumo Sacerdote. De nuevo: “Entonces, ¿quién nos condenará? Nadie, porque Cristo Jesús murió por nosotros y resucitó por nosotros, y está sentado en el lugar de honor, a la derecha de Dios, e intercede por nosotros” (Romanos 8:34). Y, a causa de esa intercesión por nosotros, “ya no hay condenación para los que pertenecen a Cristo Jesús” (Romanos 8:1); no hay condenación ahora ni tampoco en el Juicio.

De hecho, el mensaje del primer ángel acerca del Juicio ocurre en el contexto del Día de la Expiación. Aunque el libro de Apocalipsis está lleno de imágenes del Santuario terrenal (Apocalipsis 1:23; 5:5; 8:3-8; 11:19; 15:5-8; 21:1-8), no mucho antes de que se desarrollen los eventos descritos en el mensaje de los tres ángeles, Apocalipsis 11:19 declara: “Después se abrió en el cielo el templo de Dios, y el arca de su pacto se podía ver dentro del templo”. El Templo es el Santuario, y el Arca del Pacto, en el segundo departamento, contenía los Diez Mandamientos. La única ocasión en que el sumo sacerdote entraba en el segundo departamento era en el Día de la Expiación, el Día del Juicio.

Por lo tanto, lo que nos dice el mensaje del primer ángel es que, sí, “la hora de su juicio ha llegado”, y por eso, aunque su pueblo necesita “temer a Dios y darle gloria”, lo hace con la seguridad de “vida eterna” en Jesús, prometida por el “evangelio eterno”, la promesa que es de ellos por la fe.

¿Existe alguna otra forma?



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacion8>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

9

APLAUSOS AL AUTOR

Lee la primera oración de la Biblia. No comienza con declaraciones sobre el amor y la salvación de Dios. En cambio, comienza con estas palabras: “En el principio, Dios creó los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Esto se debe a que todas las demás enseñanzas –la muerte de Jesús, el Conflicto Cósmico, la condición pecaminosa de los seres humanos, la caída de la humanidad, el Juicio– solo tienen sentido si Dios creó nuestro mundo.

De lo contrario, ¿tendría sentido? En un Universo sin Dios, la muerte de Jesús en la Cruz sería solo de otro judío asesinado. En un Universo sin Dios, ¿qué significa la idea del día del Juicio Final? ¿Cuál sería la recompensa y el castigo? En un Universo sin Dios, ¿cuáles serían las “buenas noticias”, fuera de la realidad de que vivimos, luchamos, sufrimos, morimos y luego nos vamos para siempre, junto con todos los recuerdos de nuestra existencia? No son muy “buenas noticias”, ¿no es así?

Contrariamente a la idea moderna de que la vida aquí en la Tierra surgió por casualidad, sin previsión, intención ni propósito, la Biblia comienza con lo que debería ser una verdad obvia: que la vida, en toda su asombrosa belleza y complejidad, fue creada por Dios.

UN VIAJE EN EL TIEMPO

Aunque los mensajes de los tres ángeles están destinados específicamente a los últimos días (el tiempo en el que vivimos),

apuntan a los primeros días, los primeros seis días, a la creación de la vida en la Tierra. El vocabulario usado por Juan en el mensaje del primer ángel proviene del Antiguo Testamento. En este caso específico, las palabras del mensaje del ángel: “Adoren al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de agua” (Apocalipsis 14:7, RVC), derivan del cuarto Mandamiento; es decir: “Acuérdate del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó” (Éxodo 20:8-11, RVR-95).

Éxodo 20:11 dice: “Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar”. El mensaje del primer ángel dice: “Adoren al que hizo el cielo y la tierra, el mar”. Apocalipsis 14:7 hace referencia directa al cuarto Mandamiento, que a su vez alude directamente a la Creación. Las últimas palabras del cuarto Mandamiento: “porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó” (Éxodo 20:11), vienen expresamente del relato de la Creación en Génesis: “Entonces bendijo Dios el séptimo día y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (Génesis 2:3, RVR-95).

El primer ángel (Apocalipsis 14:6) nos lleva al cuarto Mandamiento (Éxodo 20:8-11), que a su vez nos lleva a los seis días de la Creación (Génesis 1; 2). En los seis días de la Creación hay un énfasis específico en el séptimo día. “Así quedó terminada la creación de los cielos y de la tierra, y de todo lo que hay en ellos. Cuando llegó el séptimo día, Dios ya había terminado su obra de creación, y descansó de toda su labor. Dios bendijo el séptimo día y lo declaró santo, porque ese fue el día en que descansó de toda su obra de creación” (Génesis 2:1-3).

Otra idea que vale la pena recordar: cuando Dios bendijo el séptimo día, lo santificó y descansó en él, solo existían Adán y Eva.

¡No había judíos! El pueblo judío surgió miles de años después, con Abraham (ver Génesis 29:35). La palabra “judío” aparece por primera vez en 2 Reyes 16:6 (RVA) y 2 Reyes 25:25, en los siglos VIII y VI a.C., mucho después del relato de la Creación en Génesis.

En otras palabras, la idea generalizada de que descansar el séptimo día y santificar el sábado son prácticas exclusivas de los judíos no es bíblica. El descanso sabático del séptimo día no se originó con ellos ni a partir de ellos.

La doctrina de la Creación es fundamental para todas las demás doctrinas, porque todas las demás enseñanzas bíblicas son inútiles cuando están separadas de Dios, nuestro Creador. Por eso, el tema aparece una y otra vez:

“Por la fe entendemos que todo el universo fue formado por orden de Dios, de modo que lo que ahora vemos no vino de cosas visibles” (Hebreos 11:3).

“Tú eres digno, oh Señor nuestro Dios, de recibir gloria y honor y poder. Pues tú creaste todas las cosas, y existen porque tú las creaste según tu voluntad” (Apocalipsis 4:11).

“En el principio la Palabra ya existía. La Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. El que es la Palabra existía en el principio con Dios. Dios creó todas las cosas por medio de él, y nada fue creado sin él” (S. Juan 1:1-3).

“El Señor tan solo habló y los cielos fueron creados. Sopló la palabra, y nacieron todas las estrellas” (Salmo 33:6).

“Porque, por medio de él, Dios creó todo lo que existe en los lugares celestiales y en la tierra. Hizo las cosas que podemos ver y las que no podemos ver, tales como tronos, reinos, gobernantes y autoridades del mundo invisible. Todo fue creado por medio de él y para él. Él ya existía antes de todas las cosas y mantiene unida toda la creación” (Colosenses 1:16, 17).

Existen muchos otros textos que revelan la gran importancia de la doctrina de la Creación. De hecho, esta doctrina es tan importante que se nos manda pasar una séptima parte de nuestra vida, cada semana, sin excepción, recordándola, algo que ninguna otra doctrina nos instruye hacer. ¿Por qué? Porque, nuevamente,

ninguna otra doctrina tiene sentido si no se acepta a Dios como nuestro Creador. Junto a “No matarás”, “No cometerás adulterio” y “No robarás”, se encuentra el mandamiento para recordar el día de reposo. En una séptima parte de nuestra vida debemos recordar que Dios, solo Dios, es el Creador.

Qué fascinante, también, que lo primero en la Biblia que se considera santo no sea ni un altar ni una montaña, sino un segmento de tiempo: el séptimo día. “Dios bendijo el séptimo día y lo declaró santo, porque ese fue el día en que descansó de toda su obra de creación” (Génesis 2:3). Aunque la Creación abarcó los cielos, la Tierra, las aves, los animales y los seres humanos para ocupar el espacio, fue el tiempo, no el espacio, lo que Dios consideró bendecido y santo en primer lugar.

Finalmente, este memorial de la Creación es tan importante que, en lugar de que vayamos a él, el sábado viene a nosotros. Una vez a la semana, a más de mil seiscientos kilómetros por hora (la velocidad aproximada de rotación de la Tierra alrededor de su propio eje), el sábado da la vuelta al globo. Comenzando a la puesta de sol, y partiendo al ocaso siguiente, el séptimo día recorre el planeta cada semana en una inmensa onda de purificación. Jamás necesitamos buscarlo. Ese día siempre nos encuentra.

De esta manera, en este mensaje de advertencia sobre el fin del mundo, la Palabra de Dios nos lleva al principio del mundo y, específicamente, a aquel que lo creó. Se nos instruye no solo en temerlo y darle gloria, sino también, lo más importante, en adorarlo.

Fue el tiempo, no el espacio, lo que Dios consideró bendecido y santo en primer lugar.



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacion9>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

10

A LA SOMBRA DE LA IMAGEN

Un episodio dramático se desarrolla en el libro de Daniel. La disyuntiva es inflexible, clara, inequívoca. Se escuchan los gritos: “Obedece la ley de la nación o muere”, y morir significa ser arrojado vivo a un horno de fuego. Sin término medio, sin derecho a apelar o recibir indulto. “¡Obedece o morirás quemado!”

El asunto, sin embargo, es más profundo: la adoración. ¿A quién adorarían? A fin de cuentas, todos adoramos algo. “En las trincherras cotidianas de la vida adulta –escribió el autor estadounidense David Foster Wallace–, no está la opción de no adorar. Todo el mundo adora. La única opción que tenemos es qué vamos a adorar”.¹ El yo, la fama, el dinero, los famosos, el sexo, el poder; lo que sea. La adoración no se trata solo de reverencia religiosa, alabanza o cantar himnos para la gloria del Señor. Adoramos todo lo que ocupa el lugar de Dios en nuestra vida. Los ateos también adoran.

MINIATURA DE LA CRISIS FINAL

El relato de Daniel ayuda a formar un escenario, un telón de fondo para el Apocalipsis, en el que se encuentran los mensajes de los tres ángeles. El episodio tiene lugar en el antiguo imperio de Babilonia, nombre que, como veremos, juega un papel importante en los mensajes de los tres ángeles. Aunque no se menciona la

¹ David Foster Wallace, “Transcription of the 2005 Kenyon Commencement Address - May 21, 2005”, disponible en <https://web.ics.purdue.edu/~drkelly/DFWKenyonAddress2005.pdf>, consultado el 12 de mayo de 2021.

fecha, se cree que el hecho ocurrió alrededor del año 594 a.C. Lo que sucedió allí fue y sigue siendo extremadamente importante.

El Imperio Babilónico, bajo el reinado del rey Nabucodonosor, conquistó la nación de Judá, saqueó la tierra, destruyó Jerusalén y su santo Templo, y se llevó a los cautivos. Entre los exiliados, había cuatro jóvenes judíos, Daniel, Ananías, Misael y Azarías, cuyos nombres hebreos fueron cambiados por nombres babilónicos: Beltsasar, Sadrac, Mesac y Abed-nego. En lugar de trabajar como esclavos en una mina insalubre o algo así, estos muchachos, de noble sangre hebrea, fueron llevados al palacio del rey, donde, después de sobresalir “cada vez que el rey los consultaba sobre cualquier asunto que exigiera sabiduría y juicio equilibrado” (Daniel 1:20), procedieron a servir al rey.

Por esta época, en el año 594 a.C., el rey Nabucodonosor mandó construir una estatua de oro, una imagen gigantesca, erigida en su honor. Ordenó a todos que adoraran la estatua. “Gente de todas las razas, naciones y lenguas escuchen el mandato del rey! Cuando oigan tocar la trompeta, la flauta, la cítara, la lira, el arpa, la zampoña y otros instrumentos musicales, inclínense rostro en tierra y rindan culto a la estatua de oro del rey Nabucodonosor. ¡Cualquiera que se rehúse a obedecer será arrojado inmediatamente a un horno ardiente!” (Daniel 3:4-6).

Sin embargo, obedecer ese decreto violaría uno de los Diez Mandamientos, la Ley de Dios. Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, la Ley de Dios es la norma de justicia que el pueblo de Dios está llamado a obedecer. En el Antiguo Testamento, Moisés instruyó al pueblo de Dios para que guardara “sus mandamientos” (Deuteronomio 30:10). En el Nuevo Testamento, el apóstol Santiago escribió: “Pues el que obedece todas las leyes de Dios menos una es tan culpable como el que las desobedece todas, porque el mismo Dios que dijo: ‘No cometas adulterio’, también dijo: ‘No cometas asesinato’. Así que, si ustedes matan a alguien pero no cometen adulterio, de todos modos han violado la ley” (S. Santiago 2:10, 11). O, como se expresa en Apocalipsis: “Aquí se verá la paciencia de los santos, de los que

obedecen los mandamientos de Dios y mantienen la fe en Jesús” (Apocalipsis 14:12, RVC).

Uno de los Diez Mandamientos dice: “No te harás imagen, ni semejanza alguna de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás ante ellas, ni las honrarás” (Éxodo 20:4, 5, RVC). Por lo tanto, esos tres hombres, Sadrac, Mesac y Abed-nego, se negaron a adorar la imagen. Adoraban solo al Creador, nada ni nadie más.

Debido a esta negativa, fueron llevados ante el rey, quien preguntó: “¿Es cierto, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que ustedes se rehúsan a servir a mis dioses y a rendir culto a la estatua de oro que he levantado?” (Daniel 3:14). Sin vacilar ni rodear, respondieron: “Oh Nabucodonosor, no necesitamos defendernos delante de usted. Si nos arrojan al horno ardiente, el Dios a quien servimos es capaz de salvarnos. Él nos rescatará de su poder, su majestad; pero aunque no lo hiciera, deseamos dejar en claro ante usted que jamás serviremos a sus dioses ni rendiremos culto a la estatua de oro que usted ha levantado” (versículos 16-18).

Al reunir todo lo que los historiadores saben sobre los antiguos monarcas del Antiguo Cercano Oriente como Nabucodonosor, es seguro que estos gobernantes no estaban acostumbrados a que se los abordara en ese tono. La respuesta de los jóvenes, en el mejor de los casos, no estaba de acuerdo con la etiqueta adecuada para la corte. Cumpliendo su palabra, los arrojó vivos al horno de fuego. Te invito a leer Daniel 3 para descubrir cómo termina la historia.

El punto aquí es la adoración, a quién adoramos, porque todos adoramos algo. O adoramos al Señor, aquel que “en seis días hizo [...] los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay” (Éxodo 20:11), o adoramos otra cosa.

Adorar cualquier otra cosa, sea lo que sea, además del Dios que nos creó y nos sostiene, es idolatría. No importa si la adoración está dirigida a una estatua de oro, la ciencia, el yo, el dinero, el sexo o cualquier objeto o idea que convirtamos en dios; sigue siendo idolatría, porque solo el Señor nos creó, nos mantiene, nos da vida y solo él merece nuestra adoración.

Una de las obras de arte más famosas jamás creadas es la estatua de mármol del rey David, tallada por el artista renacentista Miguel Ángel entre los años 1501 y 1504. Imagínate frente a este bloque de mármol, que se exhibe en la galería de la Accademia en Florencia, Italia, agradeciéndole por estar allí, por ser tan perfecta y extraordinariamente detallada y esculpida, o incluso por existir, como si la estatua se hubiera tallado a sí misma y se hubiera convertido en la hermosa obra de arte que es. En lugar de alabar y agradecer a Miguel Ángel, su creador, todos tus elogios y tus honores van a la criatura misma, como si se hubiera hecho a sí misma. Eso no tendría sentido, ¿no estás de acuerdo?

Aunque no es más que una analogía, esta reflexión sobre el David de Miguel Ángel retrata el corazón de toda idolatría y adoración falsa: se trata de adorar la Creación o algún aspecto de ella (desde el yo hasta las estatuas, los famosos o la ciencia), en contraposición al Creador. Como dijo Pablo: “Cambiaron la verdad acerca de Dios por una mentira. Y así rindieron culto y sirvieron a las cosas que Dios creó pero no al Creador mismo, ¡quien es digno de eterna alabanza!” (Romanos 1:25). A lo largo del Antiguo Testamento, Dios advirtió a su pueblo que no adorara nada más que a él. No importa que fuese el Sol, la Luna y las estrellas (Deuteronomio 4:9), o los “dioses” de las naciones vecinas (Jueces 10:6; Deuteronomio 8:19; 1 Reyes 11:33; Salmo 81:9; Jeremías 1:16), su adoración idólatra era fútil y sin sentido.

Cualquier cosa que tome el lugar de Dios en tu vida es falsa adoración, y no importa lo que sea, ni siquiera el dinero y el poder, pueden hacer algo para salvarte. Tarde o temprano, la gravedad nos devuelve a todos al polvo del que venimos. Nuestra única esperanza y salvación están en el Señor y su “evangelio eterno”. Solo Dios merece ser adorado.

La experiencia de Sadrac, Mesac y Abed-nego, en su negativa a adorar la estatua, está directamente relacionada con los mensajes

“Oh Nabucodonosor, no necesitamos defendernos delante de usted”, dijeron los jóvenes sin vacilar.

de los tres ángeles. En Daniel 3, la expresión “adorar la imagen de oro” o “rendirle culto” aparece seis veces (versículos 5, 7, 10, 12, 14, 18). El libro de Apocalipsis, en el capítulo que precede a los mensajes de los tres ángeles, advierte de un tiempo venidero de persecución. Amenazada de muerte, la gente se verá obligada a adorar “la imagen” (Apocalipsis 13:15). Como en Daniel 3, el tema de la adoración y a quién adoraremos adquiere especial relevancia.

En resumen, el mensaje del primer ángel comienza con el “evangelio eterno”, las buenas nuevas de Jesús, nuestro Creador y Redentor, cuya justicia nos da esperanza en la hora de su Juicio. Además de instarnos a temer a Dios y darle gloria, el mensaje del primer ángel llega a su punto culminante y se cierra con un llamado a adorar “al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de agua”, y que también instituyó el séptimo día en el Edén como un memorial de esa Creación. Esta invitación a adorar al Creador se hace más evidente en el mensaje del tercer ángel con respecto a la adoración de la “imagen”. En ese momento, el tema de la adoración incluirá al mundo entero.

Todos adoramos. En última instancia, adoramos una de estas dos opciones: a la Creación o al Creador. La primera, esta Creación caída, es de lo que necesitamos ser salvados; la segunda, el Creador, es el único capaz de salvarnos de ella. ¿Creación o Creador? ¿A quién adoraremos?



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacion10>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

11

EL FIN DE BABEL

Es un episodio fascinante, envuelto en misterios creados únicamente por el tiempo, ya que tuvo lugar hace mucho tiempo y el único registro que tenemos, las Escrituras, lo describe en solo nueve versículos (Génesis 11:1-9). Sin embargo, sus desarrollos y resultados repercuten a lo largo de los milenios hasta el momento en que estás viviendo. El hecho de leer estas palabras en el idioma en el que te llega el libro se explica por lo sucedido en esta historia. De ahí el carácter elemental y significativo de este evento.

El relato comienza con esta frase: “Hubo un tiempo en que todos los habitantes del mundo hablaban el mismo idioma y usaban las mismas palabras” (Génesis 11:1). Dado que todo lo que sabemos y todo lo que está registrado por la historia también concierne a la realidad de diferentes idiomas (se estima hoy que se hablan alrededor de siete mil idiomas en el planeta), el concepto puede parecer extraño, pero si consideras que todavía era el comienzo de la historia del mundo, la idea de “el mismo idioma y las mismas palabras” tiene sentido. “Este es el relato escrito de los descendientes de Adán. Cuando Dios creó a los seres humanos, los hizo para que fueran semejantes a él mismo. Los creó hombre y mujer, y los bendijo y los llamó ‘humanos’ ” (Génesis 5:1, 2). Un Dios, una raza, un idioma.

LA PRIMERA BABEL

Aunque se desconoce el día exacto de este evento, sabemos que el diluvio del Génesis, el diluvio mundial, ya había tenido lugar. Noé

también había muerto (Génesis 9:29). Sus hijos, sus nietos y sus bisnietos se habían multiplicado y dispersado (Génesis 10). Algunos habitaban en “una llanura en la tierra de Babilonia” (Génesis 11:2), la parte sur de Mesopotamia, ahora el sur de Irak. Allí, algunos dijeron: “Vamos, construyamos una gran ciudad para nosotros con una torre que llegue hasta el cielo. Eso nos hará famosos y evitará que nos dispersemos por todo el mundo” (versículo 4). Puedes imaginar que, después de escuchar acerca del Diluvio, esas personas estaban tratando de protegerse de otra calamidad similar, a pesar de que cada arcoíris que se dibujaba en el cielo era la forma en que Dios les recordaba que “nunca más las aguas de un diluvio matarán a todas las criaturas vivientes; nunca más un diluvio destruirá la tierra” (Génesis 9:11). Por lo tanto, la construcción de una torre elevada “que llegue hasta el cielo” simboliza la rebelión contra Dios y sus promesas.

“Eso nos hará famosos” también retrata la arrogancia y la insolencia humanas. La versión Reina-Valera de 1960 dice: “Hagámonos un nombre”. Esta expresión aparece anteriormente en el relato bíblico. Antes del Diluvio, en el contexto de la creciente iniquidad de la humanidad, la Biblia dice: “Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre” (Génesis 6:4, RVR-60). “Renombre” es una traducción que literalmente significa “hombres del nombre”. El siguiente versículo dice: “Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (versículo 5, RVR-60). Poco antes del Diluvio y poco después, la idea de tener un “nombre” se presenta en la Biblia como motivada por una intención negativa.

El relato de la Torre de Babel refuerza esta desafortunada verdad: “Pero el Señor [...] dijo: ‘¡Miren! La gente está unida, y todos hablan el mismo idioma. Después de esto, ¡nada de lo que se propongan hacer les será imposible! Vamos a bajar a confundirlos con diferentes idiomas; así no podrán entenderse unos a otros’. De esa manera, el Señor los dispersó por todo el mundo, y ellos dejaron de construir la ciudad” (Génesis 11:5-8).

Aunque se desconocen los detalles, ellos desafiaban abiertamente a Dios. Por eso Dios descendió y confundió su idioma. Imagínate el asombro, el caos, la confusión: ¡Cientos, tal vez miles de personas, de repente hablando entre sí en idiomas ininteligibles! Debieron de haberse sentido atónitos, temerosos, enojados y frustrados por algo que nunca habían experimentado. Pero, el plan de Dios funcionó: desistieron; la ciudad y la torre quedaron inconclusas; y esa gente confundida se dispersó por la Tierra. Sin duda, los que hablaban el mismo idioma se unieron mientras se alejaban de Babel. Allí encontramos los orígenes de diferentes idiomas humanos.

El relato termina con el siguiente versículo: “Por eso la ciudad se llamó Babel, porque fue allí donde el Señor confundió a la gente con distintos idiomas. Así los dispersó por todo el mundo” (versículo 9). Babel, símbolo de rebelión abierta e insolencia contra Dios, es la misma palabra que se usa en toda la Biblia para referirse a “Babilonia”. El sustantivo “Babilonia” aparece cientos de veces en las Escrituras, desde los días de la monarquía judía, casi un milenio antes de Cristo, hasta el Apocalipsis, en el que la primera aparición es esta: “A ese ángel lo siguió otro, que decía: ‘¡Ya cayó Babilonia! ¡Ya cayó esa gran ciudad! Cayó porque embriagó a todas las naciones con el ardiente vino de su inmoralidad sexual’ ” (Apocalipsis 14:8). Este es el mensaje del segundo ángel, que entenderemos mejor a continuación.

LA ÚLTIMA BABEL

El mensaje del primer ángel consiste en una proclamación acerca de Dios, acerca de su “evangelio eterno”, su Juicio y su actuación como Creador, porque “hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de agua” (Apocalipsis 14:7). También se refiere a cuál debería ser nuestra respuesta a estas grandes verdades: temerlo, darle gloria y adorarlo.

Por el contrario, el mensaje del segundo ángel no habla de Dios, al menos no directamente. En cambio, se refiere a un enemigo de Dios (recuerda el Conflicto Cósmico). El mensaje dice: “A ese ángel lo siguió otro, que decía: ‘¡Ya cayó Babilonia! ¡Ya cayó esa

gran ciudad! Cayó porque embriagó a todas las naciones con el ardiente vino de su inmoralidad sexual' ” (Apocalipsis 14:8, RVC). Y, a medida que nos adentramos en este tema, el Apocalipsis habla más sobre Babilonia:

“ ¡Ha caído Babilonia, cayó esa gran ciudad! Se ha convertido en una casa para los demonios. Es una guarida para todo espíritu inmundo, un nido para todo buitre repugnante y una cueva para todo animal sucio y espantoso. Pues todas las naciones han caído debido al vino de su apasionada inmoralidad. Los reyes del mundo cometieron adulterio con ella. Debido a su deseo por lujos excesivos, los comerciantes del mundo se han enriquecido'. Después oí otra voz que clamaba desde el cielo: 'Pueblo mío, salgan de ella. No participen en sus pecados o serán castigados junto con ella. Pues sus pecados se han amontonado hasta el cielo, y Dios se acuerda de sus maldades' ” (Apocalipsis 18:2-5).

Antes de volver al Antiguo Testamento para comprender lo que significan algunas de estas imágenes, las imágenes en sí: “guarida para todo espíritu inmundo”, “vino de su apasionada inmoralidad”, “nido para todo buitre repugnante y una cueva para todo animal sucio y espantoso”, representan un lugar que es, por supuesto, espiritualmente desagradable. Sin embargo, también están estas otras palabras cruciales, que vienen del Cielo: “Pueblo mío, salgan de ella”. Dios todavía tiene personas allí a quienes él llama “pueblo mío” y les ordena que salgan antes de que sea demasiado tarde.

Babilonia, o Babel, simboliza la oposición a Dios. En una de las descripciones bíblicas de Satanás: “¡Oh estrella luciente, hijo de la mañana! [...] ‘Subiré al cielo [...] y seré como el Altísimo’ ” (Isa 14:12-14), primero se lo llama “rey de Babilonia” (versículo 4), que representa a Babel.

En el Antiguo Testamento, Babilonia había sido un antiguo imperio gigantesco. Enemiga de Israel, el pueblo de Dios, Babilonia invadió y destruyó la nación. Muchas de las imágenes de Babilonia del tiempo del fin, como se describe en Apocalipsis, fueron tomadas directamente de la misma Babilonia del Antiguo Testamento.

	BABILONIA ANTIGUA	BABILONIA DEL TIEMPO DEL FIN
1	Esta es la gran Babilonia (Daniel 4:30)	Misterio: Babilonia la Grande (Apocalipsis 17:5)
2	Prostituciones de Babilonia (Ezequiel 23:17, 18.)	La gran ramera (Apocalipsis 17:1)
3	Animales salvajes en Babilonia (Isaías 13:21)	Morada de demonios (Apocalipsis 18:2)
4	Ciudad lujosa (Isaías 13:19; Jeremías 51:13)	Lujosamente adornada (Apocalipsis 18:7, NVI)
5	Gobernaba sobre las naciones (Isaías 14:6)	Gobernará sobre la Tierra (Apocalipsis 17:18)
6	Atacó a Israel (Jeremías 51:49)	Atacará al pueblo de Dios (Apocalipsis 17:6; 18:24)
7	Las naciones beben de su vino (Jeremías 51:7)	Las naciones beben de su vino (Apocalipsis 14:8)
8	Uso de magia y hechicería (Isaías 47:9, 12)	Hace milagros (Apocalipsis 16:14; 13:13, 14)
9	Juicio de Dios contra ella (Jeremías 25:28-30)	Juicio de Dios contra ella (Apocalipsis 18:8)
10	Naciones contra ella (Jeremías 51:27, 29)	Naciones contra ella (Apocalipsis 17:16)
11	Caída de Babilonia (Isaías 21:9)	Caída de Babilonia (Apocalipsis 14:8)
12	Salgan de ella (Jeremías 51:6, 45)	Salgan de ella (Apocalipsis 18:4)

Mucho después de la destrucción del antiguo Imperio Babilónico, el apóstol Pedro escribió: “Su iglesia hermana aquí

en Babilonia les manda saludos, al igual que mi hijo Marcos (1 S. Pedro 5:13). ¿Cómo podía alguien estar en Babilonia cuando ese imperio ya no existía desde hacía siglos? Los eruditos están seguros de que usó este nombre como símbolo del imperio que, en ese momento, había reemplazado a la antigua Babilonia como el

El grito de que Babilonia ha caído es otra forma de anunciar a la gente que los sistemas corruptos de este mundo no vencerán.

adversario de Dios, que era Roma. Fue este poder el que crucificó a Cristo (S. Marcos 10:33; S. Mateo 20:19), persiguió a la iglesia apostólica (ver el libro de los Hechos) y tristemente continuó esta persecución en la fase papal hasta la era moderna temprana (ver Daniel 7:19-21, 24, 25; 8:10-12, 23-25).

El libro de Daniel, en tres capítulos proféticos (2, 7 y 8), retrata una serie de imperios mundiales. Dos de estos capítulos, Daniel 2 y 7, comienzan con

Babilonia (Daniel 2:36-38; 7:4), pero los tres predijeron los imperios que siguieron: Medopersia (Daniel 2:39; 7:5; 8:20), Grecia (Daniel 2:32; 7:6; 8:21) y finalmente Roma, que permanece hasta el fin del mundo (ver Daniel 2:33, 40-43; 7:7, 8, 19-27 ; 8:10-12, 23-25) y tiene un papel que desempeñar en los eventos de los últimos días.

Al igual que la antigua Babilonia, que era un gran poder religioso y político que se oponía a Dios y perseguía a su pueblo, la Babilonia moderna hace lo mismo; solo que empeorará a medida que nos acerquemos al fin.

Una de las imágenes en el mensaje del segundo ángel se refiere a la “fornicación”, o “inmoralidad sexual”, de Babilonia, una imagen del Antiguo Testamento acerca de la infidelidad a Dios y su verdad. Los profetas usaron la idea de una mujer pura, a veces una esposa, como símbolo del antiguo Israel cuando era fiel a Dios (Jeremías 6:2). Sin embargo, cuando le era infiel, cuando caía en la apostasía, se utilizaba otra imagen: la prostitución. Ezequiel acusó a Jerusalén de prostituirse con los “amantes de Egipto”, “con los asirios” y también con “Babilonia” (ver Ezequiel 16:26-29). “¿Te

has dado cuenta de lo que ha hecho la caprichosa Israel? Como una esposa que comete adulterio, Israel ha rendido culto a otros dioses en cada colina y “debajo de todo árbol frondoso” (Jeremías 3:6). Por lo tanto, la imagen de la fornicación expresa la misma idea: falsas doctrinas, así como la infidelidad a Dios y su verdad.

El grito de que Babilonia ha caído es otra forma de anunciar a la gente que los sistemas corruptos de este mundo no vencerán, no dominarán, no importa cómo se vean las cosas ahora. En el pasado, la antigua Babilonia, con sus falsas enseñanzas, errores y persecuciones, parecía invencible. Es posible que la Babilonia moderna también se vea así. Sin embargo, gracias a Jesús y su victoria en la Cruz, el pecado, la maldad, Satanás, el Conflicto Cósmico, la Babilonia del tiempo del fin, así como sus falsas doctrinas y enseñanzas falsas, serán erradicados para siempre, y el próximo grito se oirá a lo largo del Universo: “Entonces volví a oír algo que parecía el grito de una inmensa multitud o el rugido de enormes olas del mar o el estruendo de un potente trueno, que decían: ‘¡Alabado sea el Señor! Pues el Señor nuestro Dios, el Todopoderoso, reina. Alegrémonos y llenémonos de gozo y démosle honor a él, porque el tiempo ha llegado para la boda del Cordero, y su novia se ha preparado’ ” (Apocalipsis 19:6, 7).



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacionII>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

12

LA ÚLTIMA INVITACIÓN

El mensaje del tercer ángel es una advertencia: “A los dos ángeles los siguió un tercero, que a grandes voces decía: ‘El que adore a la bestia y a su imagen, y acepte llevar su marca en la frente o en la mano, también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en la copa de su ira, y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero. El humo de su tormento subirá por los siglos de los siglos, pues ni de día ni de noche tendrán reposo los que adoren a la bestia y a su imagen, ni nadie que acepte llevar la marca de su nombre’. Aquí se verá la paciencia de los santos, de los que obedecen los mandamientos de Dios y mantienen la fe en Jesús” (Apocalipsis 14:9-12, RVC).

Nota las imágenes usadas en el texto, tomadas directamente del libro de Daniel, en las que las personas fueron forzadas a adorar “la imagen” (Daniel 3:5, 7, 10, 14, 15, 18) bajo amenaza de muerte. La advertencia en el mensaje del tercer ángel en Apocalipsis 14 se hace eco también de Apocalipsis 13, en el que las personas deben, como en Daniel 3, adorar una imagen o enfrentar la muerte: y “mandara matar a todo aquel que no la adorara” (Apocalipsis 13:15, RVC).

UN DÍA EN CUESTIÓN

Tanto en la Babilonia antigua como en la moderna, la gran cuestión es la adoración. El mensaje del primer ángel llama al mundo a adorar al Creador, “que hizo el cielo y la tierra, el mar y los

manantiales de agua” (Apocalipsis 14:7, RVC). Este lenguaje se toma directamente de los Diez Mandamientos, específicamente del cuarto: “Porque yo, el Señor, hice en seis días los cielos, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, pero reposé en el día séptimo. Por eso yo, el Señor, bendije el día de reposo y lo santifiqué” (Éxodo 20:11, RVC), que a su vez proviene directamente del relato de la Creación en Génesis 2:3.

Los mensajes de los tres ángeles plantean la gran cuestión que enfrenta el mundo en los últimos días:

Los mensajes de los tres ángeles presentan la gran cuestión que enfrenta el mundo en los últimos días.

¿Adoraremos al Creador o a “la bestia y a su imagen” (Apocalipsis 14:9)? La respuesta debería ser obvia: debemos adorar a Dios porque él es el Creador. No hay nada más elemental y un símbolo más básico de quién es él como Creador que el séptimo día, el sábado. Ese día fue bendecido y santificado en la primera semana de la Creación; Dios lo consideró tan importante que lo menciona claramente en los Diez Mandamientos. ¿Por qué, entonces, en la mayor parte del mundo cristiano, se guarda el domingo, el primer día de la semana, en lugar del séptimo día, el sábado, la señal bíblica del Dios Creador? Las siguientes citas explican por qué.

La edición de 1977 del *Catecismo de la Doctrina Romana* dice:

Pregunta: ¿Qué día es el sábado?

Respuesta: El séptimo día es el sábado.

Pregunta: ¿Por qué guardamos el domingo en lugar del sábado?

Respuesta: Guardamos el domingo en lugar del sábado porque la Iglesia Católica ha transferido la solemnidad del sábado al domingo.¹

¿Admite Roma haber cambiado la señal fundamental de Dios como nuestro Creador a otro día, el domingo? Veamos este otro texto:

1 Peter Geiermann, *The Convert's Catechism of the Catholic Doctrine* (Rockford, IL: Tan Books and Publishers, 1977), p. 50.

Pregunta: ¿Qué prueba hay de que la iglesia tiene el poder de establecer la observación de fiestas y días santos?

Respuesta: Por el mismo hecho de haber cambiado del sábado al domingo, cosa que los protestantes han permitido. Por lo tanto, se contradicen a sí mismos, guardando el domingo de manera estricta y transgrediendo la mayoría de las otras fiestas ordenadas por la misma iglesia.

Pregunta: ¿Cómo es posible probar esto?

Respuesta: Porque, al guardar el domingo, reconocen el poder de la iglesia para establecer fiestas e instituir las bajo pena de pecado. Y, al no guardar el resto [de las fiestas] ordenadas por ella, vuelven a negar el mismo poder.²

¿Una institución humana afirma haber cambiado la Ley de Dios?

Pregunta: ¿Tiene la iglesia [de Roma] el poder de hacer cambios en los Mandamientos de Dios?

Respuesta: En lugar del séptimo día y las otras fiestas designadas por la ley antigua, la iglesia ha prescrito que los domingos y los días santos sean apartados para la adoración a Dios. Y ahora estamos obligados a guardarlos como consecuencia del mandato divino, en lugar del antiguo sábado.³

Considera esta explicación de un exponente de la iglesia romana sobre el hecho de que la Biblia nunca enseñó que el domingo es un día de descanso:

¿No debe todo cristiano santificar el domingo y abstenerse en ese día de trabajo servil innecesario? ¿No se encuentra la observancia de esta ley entre nuestros deberes sagrados más destacados? Pero, puedes leer la Biblia desde Génesis hasta Apocalipsis, y no encontrarás ni un

2 Rev. Henry Tuberville, *An Abridgment of the Christian Doctrine* (Nueva York: Edward Dunigan and Brothers, 1833), p. 58.

3 Richard Challoner, *The Catholic Christian Instructed in the Sacraments, Sacrifices, Ceremonies, and Observances of the Church by Way of Question and Answer* (Baltimore, MD: G. Dobbin & Murphy, 1809), p. 204.

solo versículo que autorice la santificación del domingo. Las Escrituras ordenan la observancia religiosa del sábado, un día que jamás santificamos.⁴

Algunos protestantes admiten a regañadientes que no hay evidencia bíblica para guardar el domingo en lugar del sábado. En el libro *The Lord's Day* [El Día del Señor], dedicado a la observancia del domingo, Samuel Cartledge escribió: “Debemos admitir que no podemos señalar ningún mandamiento directo que nos instruya dejar de guardar el séptimo día y comenzar a adorar en el primer día”.⁵ No pueden encontrar un solo mandamiento, ya que no existe tal orden en la Biblia, directa o indirecta, que cambie el sábado instituido en el séptimo día de la Creación al domingo, un día que la Biblia nunca consideró santo.

¿Están diciendo los evangélicos, sin ir directamente al grano, que aceptaron el cambio del sábado efectuado por Roma? ¿Reconocen la alteración de este símbolo fundamental que se remonta al propio Edén y a Dios nuestro Creador?

Parece que sí. Y la cuestión solo empeora.

Intentar cambiar los Diez Mandamientos es como intentar cambiar la ley de la gravedad.

ALTERACIONES ILEGALES

Aproximadamente seiscientos años antes de Cristo, en el contexto de la antigua Babilonia, Daniel 2 (profecía paralela a Daniel 7) presentó una predicción extraordinaria que abarca la historia del mundo desde la antigua Babilonia, pasando por nuestros días, y hasta que Dios establezca su Reino eterno. En la profecía misma, después de la división de la Roma pagana en las naciones que conocemos hoy como la Europa moderna, el texto dice: “Durante los gobiernos de esos reyes, el Dios del cielo establecerá un reino que jamás será destruido o conquistado. Aplastará por completo a esos reinos y permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

⁴ James Cardinal Gibbons, *The Faith of Our Fathers* (Baltimore, MD: Aeterna Press, 2015), p. 58.

⁵ James P. Westberry, ed., *The Lord's Day* (Nashville, TN: Broadman, 1986), p. 100.

En algún momento de los días de la Europa moderna, Dios establecerá su Reino. Este reino, que acabará con todos los demás, existirá para siempre. La gran promesa del “evangelio eterno” es que, mediante la fe en Jesús, todos tenemos un lugar en él. “En el hogar de mi Padre, hay lugar más que suficiente. Si no fuera así, ¿acaso les habría dicho que voy a prepararles un lugar? Cuando todo esté listo, volveré para llevarlos, para que siempre estén conmigo donde yo estoy” (S. Juan 14:2, 3). Lo único que puede dejarnos fuera de esa promesa son nuestras propias decisiones equivocadas.

La profecía de Daniel 2, en resumen, presenta la siguiente secuencia: Babilonia, Medopersia, Grecia, Roma y el Reino eterno de Dios (donde Jesús preparó un “lugar” para nosotros). Como ya hemos mostrado, en Daniel 7 se profetiza la misma secuencia de imperios: Babilonia, Medopersia, Grecia, Roma y el Reino eterno de Dios (donde Jesús preparó un “lugar” para nosotros).

En ambas profecías, el reino humano final, el que viene después de la antigua Grecia y permanece hasta que Dios establece su “reino que jamás será destruido” (Daniel 2:44), es Roma. Aunque la Roma pagana desapareció hace mil quinientos años, la Roma papal permanece y continuará hasta que llegue el Reino de Dios, al final de este mundo.

Daniel 7, utilizando diferentes imágenes, provee más detalles sobre estos reinos que aparecen ya en Daniel 2; especialmente en relación con el último, Roma, y particularmente sobre su fase papal, que incluyó una parte lamentable de la historia: “Insultará al Dios altísimo e irá acabando con su pueblo” (Daniel 7:25, DHH). Dado que Roma afirma haber instituido la observancia del domingo, un día que tanto los evangélicos como los católicos admiten que carece de apoyo bíblico, este versículo es significativo.

Nota: el texto dice que “intentará cambiar los tiempos y la ley” (Daniel 7:25, NBLA). La Ley de Dios, incluido el cuarto Mandamiento, fue escrita en piedra por el dedo de Dios mismo: “El Señor me dio las dos tablas en las que Dios había escrito con su propio dedo todas las palabras que te había hablado desde en medio del fuego cuando estabas reunido al pie del monte”

(Deuteronomio 9:10; comparar con Éxodo 31:18). ¡Ningún poder humano puede cambiar eso! Se nos dice que Roma “intentará cambiar los tiempos y la ley”. *Intentar* no es lo mismo que *triunfar*!

La muerte de Jesús en la Cruz, por el pecado, que se define como “infracción de la ley” (1 Juan 3:4, NBLA), prueba la inmutabilidad de la Ley de Dios. ¿No hubiera sido mejor cambiar la Ley (o, para usar una expresión popular, “cambiar las reglas en medio del juego”) para resolver el problema del pecado sin que Jesús tuviera que morir por ellos (ver 1 Corintios 15:3)? ¡Pareciera que sí! Pero afirmar que la observancia del sábado ya no es necesaria sería como tratar de “derribar” la ley de la gravedad. Las cosas caerían con la misma aceleración, a pesar de cualquier intento de cambio.

Sin embargo, este intento de cambiar la Ley de Dios asumirá una importancia tremenda cuando todo el mundo se vea envuelto y se decrete la “muerte a todos los que no adoran la imagen de la bestia” (Apocalipsis 13:15). Es precisamente acerca de esta adoración que el mensaje del tercer ángel advierte fuertemente (Apocalipsis 14:9-11). Otros adorarán “al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de agua” (versículo 7), un acto que, en el Edén, se convirtió en memorial en el séptimo día: “Dios bendijo el séptimo día y lo declaró santo, porque ese fue el día en que descansó de toda su obra de creación” (Génesis 2:3), y más tarde fue inmortalizado en el cuarto Mandamiento: “Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó” (Éxodo 20:11, RVR-95).

¿Adorar a la imagen? ¿Adorar al Creador? Es una cosa u otra. Esa será la elección que se presentará ante el mundo entero.



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacion12>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieresesperanza

13

CAMBIOS REPENTINOS

Apocalipsis 13 rescata varias imágenes tomadas directamente de Daniel 7, incluida la persecución de Roma al pueblo de Dios en el pasado, como vimos en capítulos anteriores. Así como destruyó a los santos en el pasado (Daniel 7:25), Roma hará “guerra contra el pueblo santo de Dios” (Apocalipsis 13:7). El mismo versículo que describe esta persecución (Daniel 7:25) también habla del intento de Roma de cambiar la Ley. Y el punto final de la controversia acerca de la Ley está precisamente en el mensaje enfatizado en los mensajes de los tres ángeles: la adoración “al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de agua” (Apocalipsis 14:7, RVC); es decir, el cuarto Mandamiento.

El tema se vuelve más claro porque, poco después de advertir contra la adoración falsa, el mensaje del tercer ángel describe al pueblo de Dios de la siguiente manera: “Aquí se verá la paciencia de los santos, de los que obedecen los mandamientos de Dios y mantienen la fe en Jesús” (Apocalipsis 14:12, RVC). En contraste directo con los que adoran a la bestia y su imagen, el pueblo de Dios se caracteriza por ser aquellos que, además de tener “la fe en Jesús”, guardan los mandamientos de Dios, ¡que incluyen el mandamiento que lo señala a él como el Creador!

La cuestión de adorar a la bestia y su imagen o adorar al Creador Jesús (ver S. Juan 1:1-3; Hebreos 1:1, 2; 1 Corintios 8:6; Colosenses 1:15-17) ¿puede realmente manifestarse externamente en la cuestión del sábado frente al domingo?

¿De qué otra forma? Adoramos a Dios porque, como Creador (y también nuestro Redentor), solo él es digno de adoración (Apocalipsis 5:9). No hay símbolo más primordial de Dios como Creador que el sábado, el séptimo día, bendecido y santificado en la Creación misma. Por lo tanto, un poder humano que trata de cambiar y usurpar la señal más básica (el séptimo día, el sábado) de la doctrina más básica (la Creación) está tratando de usurpar la autoridad del Señor en el nivel más fundacional posible: él como Creador. El nivel más fundacional es Dios mismo. Ningún poder, ni en el cielo ni en la Tierra, puede alcanzar el nivel de autoridad que él posee. Entonces, en cambio, este poder trata de usurpar la señal fundamental de Dios como Creador.

¿Cuál es la importancia de adorar al Creador en el cristianismo? Es de una importancia fundamental tal que Dios ordena que una séptima parte de nuestra vida cada semana sea dedicada a recordarnos esto. Por eso, la controversia sobre la adoración –adorar a la bestia y a su imagen (el poder que trató de cambiar el sábado) o adorar al Creador– no podía girar en torno a otra cosa que no fuera el día que Dios estableció como un monumento a él como Creador. Todo esto contrasta con el día en que el poder de la bestia instituyó en su lugar.

Sin embargo, ¿perseguir y matar gente por el séptimo día? ¿Podría suceder esto realmente? Bueno, ¡ya pasó! Los evangelios mismos nos presentan un precursor de esto: los que promovían la tradición humana querían matar por causa del séptimo día.

LA LEY Y LA TRADICIÓN

En Juan 9, Jesús sanó a un hombre ciego de nacimiento en sábado, quizá su mayor milagro hasta ese momento. “Desde el principio del mundo, nadie ha podido abrir los ojos de un ciego de nacimiento” (S. Juan 9:32). ¿Cómo reaccionaron las autoridades religiosas? Acusaron a Jesús de quebrantar el día de reposo, diciendo: “Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el día de reposo” (versículo 16, NBLA). Estaba comenzando un conflicto entre la tradición humana (nada en la Biblia prohíbe la curación

en sábado, así como nada en la Biblia instituye el domingo como día santo) y la Ley de Dios. “Luego Jesús entró en la sinagoga de ellos, y allí vio a un hombre que tenía una mano deforme. Los fariseos le preguntaron a Jesús: ‘¿Permite la ley que una persona trabaje sanando en el día de descanso?’ (Esperaban que él dijera que sí para poder levantar cargos en su contra). Él les respondió: ‘Si tuvieran una oveja y esta cayera en un pozo de agua en el día de descanso, ¿no trabajarían para sacarla de allí? Por supuesto que lo harían. ¡Y cuánto más valiosa es una persona que una oveja! Así es, la ley permite que una persona haga el bien en el día de descanso’. Después le dijo al hombre: ‘Extiende la mano’. Entonces el hombre la extendió, y la mano quedó restaurada, ¡igual que la otra!” (S. Mateo 12:9-13).

¿Cómo respondieron los líderes religiosos a esta extraordinaria expresión de poder divino? “Entonces los fariseos convocaron a una reunión para tramar cómo matar a Jesús” (versículo 14). ¿Matar a Jesús? ¿Muerte por causa del séptimo día? En Juan 5:1 al 16, después de otra curación milagrosa en sábado, “por esta causa los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo” (versículo 16, RVR-60).

¿Tratando de matar por causa del sábado? ¿Muerte por causa de una tradición humana que se oponía al séptimo día? ¡Exactamente! Si bien el problema específico no es el que enfrentará el mundo en los días finales, es una situación bastante cercana: la ley humana contra la Ley de Dios; y en ambos casos, la parte de la Ley divina en cuestión es el mandamiento del sábado, el único Mandamiento que muestra la base de la razón para adorar solo al Dios Creador, y nada ni a nadie más.

Por lo tanto, en la vida de Jesús, podemos encontrar precursores e indicios de lo que enfrentarán “los que obedecen los mandamientos de Dios y mantienen la fe en Jesús” (Apocalipsis 14:12, RVC): la tradición humana en conflicto con la Ley de Dios.

¿De qué modo esta idea –de la marca de la bestia que se opone al sábado bíblico, el séptimo día de la semana, versus la tradición humana, el primer día— armoniza con la advertencia sobre el

poder del tiempo del fin? Ese poder que “exigió que a todos –pequeños y grandes; ricos y pobres; libres y esclavos– se les pusiera una marca en la mano derecha o en la frente. Y nadie podía comprar ni vender nada sin tener esa marca, que era el nombre de la bestia o bien el número que representa su nombre” (Apocalipsis 13:16, 17).

A lo largo de los siglos, ha surgido mucha especulación sobre lo que significa la “marca en la mano derecha o en la frente”. Es solo especulación. Aún queda más por revelar. Sin embargo, siguiendo el principio de que el Antiguo Testamento tiene la clave para la interpretación de Apocalipsis, podemos encontrar algunas pistas de lo que el Apocalipsis quiere darnos a entender aquí.

Antes de que los hijos de Israel estuvieran a punto de entrar en la Tierra Prometida, Moisés, después de advertirles varias veces contra la adoración falsa, les recordó los mandamientos de Dios; es decir, su Ley. Luego, declaró: “Grábense estas palabras en el corazón y en la mente; átenlas en sus manos como un signo, y llévenlas en su frente como una marca” (Deuteronomio 11:18, NVI).

No sabemos exactamente cómo se debían atar las palabras de Dios a la mano y entre los ojos (la práctica moderna de usar *tefilim* enrollados, común entre los judíos religiosos, es una interpretación). Lo que sí sabemos es que debían guardar estas palabras, la Ley de Dios, “en el corazón y en la mente”. Esta fiel adhesión a la Ley de Dios se manifestaría mediante las palabras puestas en la mano, que simbolizan hechos y acciones; y en la cabeza, que representa el conocimiento de la Ley de Dios. Si bien no es posible presentar una posición dogmática sobre cómo se hacía esto en el antiguo Israel, o cómo esta “marca en la mano derecha o en la frente” se manifestará en los últimos días, parece ser alguna señal

Después de la COVID-19, debemos ser conscientes de que cualquier cosa, incluso lo más inesperado, puede suceder.

externa que distinguirá a quienes adoren a la bestia y su imagen de aquellos que “obedecen los mandamientos de Dios y mantienen la fe en Jesús” (Apocalipsis 14:12).

(Además, también debe quedar claro: la marca entrará en vigor solo cuando estos problemas sucedan en los últimos días. Por lo tanto, las personas que guardan el domingo hoy no han recibido “la marca de la bestia”).

Finalmente, una pregunta: ¿Cómo podrá suceder algo así? La respuesta es: no lo sabemos. Aunque el Apocalipsis nos dice qué pasará, no explica cómo. Sin embargo, si algo nos ha enseñado la pandemia de la COVID-19, es que nuestro mundo, el planeta entero, puede cambiar de forma drástica, rápida y peligrosa. Si, a principios de 2019 se le hubiera informado a la gente todo lo que pasaríamos (aislamiento social, restricciones de movimiento, cuarentena, uso de máscaras), la mayoría no lo creería. Después de la COVID-19, debemos ser conscientes de que cualquier cosa, incluso lo más inesperado, puede suceder, incluida, como advierte el tercer ángel, “la marca de la bestia”.



Para obtener más información sobre este tema, accede a este código QR o al enlace <http://adv.st/invitacion13>



Si tienes alguna duda o quieres hablar sobre este tema, contáctanos por WhatsApp. Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

CONCLUSIÓN

El mensaje del primer ángel comienza con el “evangelio eterno” (Apocalipsis 14:6). El tercero termina con él: “Aquí se verá la paciencia de los santos, de los que obedecen los mandamientos de Dios y mantienen la fe en Jesús” (versículo 12). Fe (“fe en Jesús”) y obediencia (“obedecer los mandamientos de Dios”); si este no es el evangelio, el “evangelio eterno”, ¿qué otra cosa puede ser?

Existe un debate sobre el significado preciso de la expresión “fe en Jesús”. ¿Es la fe de Jesús, es decir, una fe que refleja la fe manifestada por Jesús cuando vivió en este mundo? ¿O la fe que los creyentes depositan en Jesús? En cualquier caso, la Biblia dice: “Ahora bien, es evidente que por la ley nadie es justificado delante de Dios, porque ‘el justo vivirá por la fe’ ” (Gálatas 3:11, NVI). ¿De qué otra manera, si no es por la fe?

Considerando que el Poder que creó el espacio, el tiempo, la materia y la energía, es decir, el Universo, se “encogió”, convirtiéndose en uno de nosotros y ofreciéndose como sacrificio por nuestros pecados, ¿queremos agregar algo más a eso? ¿Como si, de alguna manera, la muerte del Creador no fuera suficiente para pagar por nuestros pecados? No importa lo malo que hayas sido, el sacrificio de aquel que “ya existía antes de todas las cosas” y “mantiene unida toda la creación” (Colosenses 1:17), sin duda, fue más que suficiente para librarte. Y por fe, la “fe en Jesús”, puedes reclamar la muerte de Cristo a tu favor ahora mismo y comparecer perfecto ante tu Creador, como si nunca hubieras pecado.

IMAGINA

¿Y “los mandamientos de Dios”? ¿Cuáles son estos mandamientos? En el último recuento, había diez. El libro de Apocalipsis hace otras referencias a ellos, además del pasaje en 14:12. Antes de la visión que incluye los mensajes de los tres ángeles, Apocalipsis 11:19 dice: “Después se abrió en el cielo el templo de Dios, y el

arca de su pacto se podía ver dentro del templo”. El “arca de su pacto” es el lugar donde se guardaban los Diez Mandamientos en el Santuario terrenal.

Los mandamientos específicos también aparecen en Apocalipsis. El mensaje del primer ángel ordena la adoración a Dios (Apocalipsis 14:7), una referencia directa al primer Mandamiento (Éxodo 20:1, 2) y, como hemos visto, ese mismo mensaje usa un lenguaje extraído directamente del cuarto Mandamiento. El tercer ángel advierte contra la adoración de una imagen (la imagen de la bestia), lo que señala al segundo Mandamiento, que prohíbe la idolatría (Éxodo 20:4-6). Mientras tanto, el asesinato, el robo y el adulterio se mencionan juntos en Apocalipsis 9:20 y 21. Apocalipsis 12:17, el penúltimo versículo antes de Apocalipsis 13, que presenta la marca de la bestia, describe al pueblo de Dios: “Así que el dragón se enfureció contra la mujer y le declaró la guerra al resto de sus hijos, a todos los que obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen firmes en su testimonio de Jesús”. Por lo tanto, en el contexto de los últimos días, dos veces (Apocalipsis 12:17; 14:12) se describe que el pueblo fiel de Dios obedece sus mandamientos. Y ¿por qué no?

Un hombre asistió al trigésimo aniversario de graduación de su clase de secundaria. Al irse, reflexionando sobre lo problemática que era la vida de muchos de sus antiguos colegas, un pensamiento cruzó por su mente: “¡Oh, si tan solo las personas guardaran los Diez Mandamientos! ¡Cuánto mejor habría sido su vida!” ¡Imagínate si todas las personas guardaran al menos algunos! Si nadie transgrediera el sexto Mandamiento (matar), el séptimo (adulterar), el octavo (robar) y el noveno (mentir), nuestra existencia sería un paraíso en comparación con lo que experimentamos ahora.

Piénsalo: ¿En qué país preferirías vivir y criar a tu familia? ¿En un país donde todos obedecen los Diez Mandamientos o en uno donde nadie los obedece? La respuesta a esa simple pregunta revela la manera en que nos benefician los “mandamientos de Dios”.

Y la buena noticia del “evangelio eterno” es que la misma fe, “la fe de Jesús”, que se aferra a la justicia de Cristo, que cubre nuestro

pecado, es la misma fe que se aferra a la justicia de Cristo, que también limpia nuestro pecado y nos transforma. “Esto significa que todo el que pertenece a Cristo se ha convertido en una persona nueva. La vida antigua ha pasado; ¡una nueva vida ha comenzado!” (2 Corintios 5:17).

Se nos promete, una y otra vez, poder para obedecer, vencer y guardar los mandamientos de Dios. Aquí aparecen algunos versículos en este sentido:

“Las tentaciones que enfrentan en su vida no son distintas de las que otros atraviesan. Y Dios es fiel; no permitirá que la tentación sea mayor de lo que puedan soportar. Cuando sean tentados, él les mostrará una salida, para que puedan resistir” (1 Corintios 10:13).

“Pues todo hijo de Dios vence a este mundo de maldad, y logramos esa victoria por medio de nuestra fe” (1 S. Juan 5:4).

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece (Filipenses 4:13, RVR-60).

“Sabemos que nuestro antiguo ser pecaminoso fue crucificado con Cristo para que el pecado perdiera su poder en nuestra vida. Ya no somos esclavos del pecado” (Romanos 6:6).

“Y ahora, que toda la gloria sea para Dios, quien es poderoso para evitar que caigan, y para llevarlos sin mancha y con gran alegría a su gloriosa presencia” (S. Judas 1:24).

NO MÁS DOLOR

Sí, por la gracia de Dios, podemos guardar sus mandamientos. Solo que no podemos obedecerlos lo suficiente como para ser salvados por ellos. Por eso, la salvación viene por fe, no por la Ley. “Así que somos hechos justos a los ojos de Dios por medio de la fe y no por obedecer la ley” (Romanos 3:28), porque las obras de la Ley no pueden justificarnos. Si pudieran, entonces, ¿por qué Jesús no evitó la Cruz? ¿Por qué no vino simplemente a la Tierra, nos mostró cómo obedecer y luego regresó al cielo? Porque, por mucho que necesitaríamos un Ejemplo, también necesitábamos un Sustituto. Por eso murió en la Cruz y sufrió en sí mismo el castigo de nuestra transgresión de la Ley divina. “Pero Dios mostró el

gran amor que nos tiene al enviar a Cristo a morir por nosotros cuando todavía éramos pecadores” (Romanos 5:8). La Cruz revela la inutilidad de las obras humanas para la salvación.

Necesitamos ser salvos, ¿no es así? ¡Sin duda! Tan malo como es este mundo, va a empeorar aún más. Daniel advierte de “un tiempo de angustia, como no lo hubo desde que existen las naciones” (Daniel 12:1). Sin embargo, incluso si las cosas empeoran, luego mejorarán. Quedarán mejor que cualquier escenario que podamos imaginar. “¡Miren! Estoy creando cielos nuevos y una tierra nueva, y nadie volverá siquiera a pensar en los anteriores” (Isaías 65:17). “Pero nosotros esperamos con entusiasmo los cielos nuevos y la tierra nueva que él prometió, un mundo lleno de la justicia de Dios” (2 S. Pedro 3:13). “Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y también el mar” (Apocalipsis 21:1). “Él les secará toda lágrima de los ojos, y no habrá más muerte ni tristeza ni llanto ni dolor. Todas esas cosas ya no existirán más” (versículo 4).

¿No más muerte? ¿No más tristeza? ¿No más dolor? Es una existencia que nosotros, que solo conocemos la muerte, la tristeza y el dolor, ni siquiera podemos vislumbrar. Esas “primeras cosas”, que nunca debieron haber sucedido, pasarán, y una nueva existencia será nuestra para siempre. Esto es lo que promete el “evangelio eterno”, formulado “antes del comienzo del tiempo” (2 Timoteo 1:9). Es a esta nueva existencia a la que finalmente señalan los mensajes de los tres ángeles. Esto es de lo que los profetas soñaron, vieron visiones, predicaron y escribieron. Y por eso, en sentido supremo, Jesús murió. “Cuando vea todo lo que se logró mediante su angustia, quedará satisfecho” (Isaías 53:11). Y, mientras vivimos en nuestro tiempo, podemos ser las personas de las que el profeta soñó, aquellos que, por la fe, la “fe en Jesús”, un día proclamarán: “¡Este es nuestro Dios! ¡Confiamos en él, y él nos salvó! Este es el Señor en quien confiamos. ¡Alegrémonos en la salvación que nos trae!” (Isaías 25:9).